

# Lecturas y lectores “populares” desde el Renacimiento hasta la época clásica

Roger Chartier

La búsqueda de lectores “populares” del Renacimiento, de entre mediados del siglo XV y mediados del XVII, siguió durante mucho tiempo los caminos trazados por la historia del libro tal como se desarrolló a raíz de la publicación del libro pionero de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin<sup>1</sup>. Se trataba ante todo de caracterizar a las diferentes poblaciones de lectores (y lectoras) partiendo de la reconstrucción de la desigual presencia del libro en el seno de los diversos grupos sociales de una ciudad o una región. La contestación a la pregunta “¿qué leían?” venía enunciada a partir de una sociografía de la posesión del libro. Y la respuesta a la pregunta “¿quiénes leían qué?”, a partir de la localización de títulos y géneros (distribuidos en grandes categorías bibliográficas) propios de cada conjunto social.

Lo cual nos lleva a diversos corolarios. En primer lugar, la preferencia otorgada a ciertas fuentes masivas que permiten un tratamiento seriado y cuantitativo de datos homogéneos, repetidos, comparables: así sucede en los inventarios por fallecimiento o los catálogos impresos de ventas de bibliotecas. Luego, la construcción de indicadores que identifican toda una serie de apartados culturales, más allá de la gran división entre cultos y analfabetos, en función de la presencia o la ausencia de libros, del número de obras poseídas, de la naturaleza de los títulos mencionados en los inventarios o los catálogos.

Esas investigaciones, sin duda más numerosas para el siglo XVIII que en los anteriores, han aportado importantes resultados. Los estudios monográficos efectuados por lo general a escala de una ciudad han sacado a relucir una presencia del

---

<sup>1</sup> Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *L'apparition du livre*, París, Albin Michel, 1958 (Col. L'Évolution de l'Humanité).

libro más considerable que lo que cabía esperar en los estamentos de artesanos y mercaderes. En Valencia, entre 1474 y 1550, donde una tercera parte de los inventarios menciona libros, tal es el caso del 14% de los de artesanos del tejido y el 10% de los demás trabajadores manuales<sup>2</sup>. En Amiens, en los años de 1503-1576, el libro aparece en uno de cada cinco inventarios por fallecimiento; entre los mercaderes y artesanos, en uno de cada diez (en realidad, en el 11% de los inventarios de esas categorías)<sup>3</sup>. En Canterbury, un poco más adelante, entre 1620 y 1640, la mitad de los inventarios indica la presencia de impresos, y los porcentajes son, respectivamente, de un 45% de artesanos del vestido, de un 36% de obreros de la construcción y de un 32% de labradores que vivían en la ciudad<sup>4</sup>. O sea que, en las ciudades del Renacimiento, en ninguna parte eran cosa rara los libros en los ambientes populares. Cierro es que sólo una minoría los poseía, pero una minoría nunca despreciable y que puede llegar a ser una parte importante de la población considerada.

¿Cabe darse por contento con esa primera tanda de datos obtenidos? En posible que no. La desigual posesión de libros tal y como la registran los inventarios o los catálogos es un tanto engañosa. Por un lado, no tiene en cuenta más que las obras cuyo valor justificaba su inclusión en el inventario de bienes o con ocasión de una venta en pública subasta. Por otro lado, no permite llegar a conocer la lectura de libros que los lectores no poseían pero se los prestaron, los leyeron en casa ajena o los escucharon leer. Y por último, establece unas

<sup>2</sup> Philippe Berger, "La lecture à Valence de 1474 à 1560. Évolution des comportements en fonction des milieux sociaux", en *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Régime*, Colloque de la Casa de Velázquez, París, A.D.P.F., 1961, pp. 97-107, y *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1987.

<sup>3</sup> André Labarre, *Le livre dans la vie amiénoise du XVI<sup>e</sup> siècle. L'enseignement des inventaires après décès, 1503-1576*, París-Lovaina, Éditions Nauwelaerts, 1971.

<sup>4</sup> P. Clark, "The Ownership of Book in England, 1560-1640: the Example of Some Kentish Townsfolk", en Lawrence Stone (ed.), *Schooling and Society. Studies in the History of Education*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1976, pp. 95-111.

diferencias culturales fijas en las diferencias de reparto, siendo así que, incluso en el Renacimiento, solían ser los *mismos* textos y con frecuencia los *mismos* libros los que circulaban en todos los estamentos sociales. Por consiguiente, hay que sustituir la constatación que lleva a considerar "populares" los títulos y géneros encontrados entre los artesanos y mercaderes por otro enfoque que trate de determinar los diferentes usos y lecturas de los mismos textos por diferentes lectores/as.

### *Lecturas compartidas*

Dos constataciones subtienden ese proyecto. En primer lugar, es evidente que los lectores "populares" se hallaban en posesión de libros que no les estaban especialmente destinados. Menocchio, el molinero del Friul, leía la Biblia en lengua vernácula, el *Fioretto della Bibbia*, la traducción de la *Legenda aurea*, *Il cavallier Suane da Mandavilla* —que era una traducción de los *Viajes* de Mandeville—, y el *Decamerón*. Por tanto, lo que caracterizaba a Menocchio como lector "popular" no era el *corpus* de sus lecturas, sino su manera de leer, comprender y utilizar al servicio de una cosmología original los textos a los que tenía acceso<sup>5</sup>.

De la misma manera, los labradores, artesanos y mercaderes de la diócesis de Cuenca interrogados por la Inquisición entre 1560 y 1610 leían lo mismo que otros, más acomodados, leían igualmente: libros de devoción, vidas de santos y novelas de caballería, las *caballerías*<sup>6</sup>. Esa comprobación permite dar un nuevo sesgo al diagnóstico formulado acerca del público de las novelas de caballería, considerado fundamentalmente noble<sup>7</sup>. Ese juicio, totalmente clásico en la historia literaria,

<sup>5</sup> Carlo Ginzburg, *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*, Turín, Einaudi Editore, 1976 [Trad. castellana, *El queso y los gusanos. El universo de un molinero del siglo XVI*, Madrid, Muchnik, 1981].

<sup>6</sup> Sara T. Nalle, "Literacy and Culture in Early Modern Castile", en *Past and Present*, 125 (noviembre de 1989), pp. 65-96.

<sup>7</sup> Maxime Chevalier, "El público de las novelas de caballerías", en *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Turner, 1976, pp. 65-103.

descansaba en tres líneas principales. La primera resaltaba la *afición* aristocrática por el género, partiendo de testimonios singulares (cartas, memorias, vidas, empezando por la *Vida* de santa Teresa de Ávila)<sup>8</sup> que atestiguan su éxito tanto entre la nobleza de corte como entre la nobleza de armas. La segunda ponía de relieve el estrecho vínculo entre el gusto de los nobles por la imagen sublimada, nostálgica, de una vida caballeresca libre, independiente y giróvaga, en la época en que precisamente se iniciaba el proceso de fijación de la aristocracia en la corte y las ciudades. La tercera remitía al estatuto de ficción de algunos testimonios de lecturas populares de las *caballerías*, empezando por el capítulo xxxiii de la Primera Parte del *Quijote*, donde los segadores congregados en la venta de Juan Palomeque escuchan la lectura de tres novelas (*Los cuatro libros del valeroso caballero don Cirongilio de Tracia* de Bernardo Vargas, la *Primera parte de la grande historia del muy animoso y esforzado príncipe Felixmarte de Hircania* de Melchor de Ortega y la *Crónica del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba y Aguilar. Con la vida del caballero Diego García de Paredes*) que ni ellos ni el ventero habían comprado, sino que los encontraron en una maletilla vieja abandonada por un viajero. Sin embargo, el diagnóstico era inapelable: “Las novelas eran leídas por las clases nobles y elevadas y, tal vez, por algunos miembros acomodados de la burguesía. Desde luego, no los leían, o no se los leían, a los campesinos”<sup>9</sup>.

Las declaraciones de los acusados ante los tribunales de la Inquisición obligan a rectificar esa opinión tajante. En la diócesis de Cuenca, entre 1560 y 1610, siete labradores, seis mercaderes y un artesano confesaron haber leído libros de caba-

<sup>8</sup> Marcel Bataillon, “Santa Teresa, lectora de libros de caballerías”, en *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid, Gredos, 1964, pp. 21-23.

<sup>9</sup> Daniel Eisenberg, “Who Read the Romances of Chivalry?”, en *Kentucky Romance Quarterly*, XX (1973), pp. 209-233; e *ibid.*, *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Juan de la Cuesta-Hispanic Monographs, 1982, pp. 89-118; la cita, de “Who Read...?”, p. 105.

llerías. Formaban la casi totalidad de los diecisiete reos que mencionaron esa lectura. Eran lectores jóvenes (las dos terceras partes tenían menos de treinta años) y en su mayoría solteros (doce de los diecisiete). La edad y la condición social definen, pues, al público de las novelas de caballería en sus diferencias con el de la literatura clásica y humanista, más burgués y más joven todavía debido a la presencia de estudiantes de las escuelas latinas, y con el de las obras devotas (instrucciones religiosas, vidas de santos, libros de preces) que era mucho más numeroso (91 lectores/as), de más edad, compuesto principalmente por viudos/as y de personas casadas pertenecientes a todas las clases sociales.

El análisis ejemplar de Sara T. Nalle apunta una doble lección. Por un lado, demuestra que las cesuras culturales no estaban ni obligatoriamente, ni quizá mayoritariamente, dominadas por el estatuto socioprofesional. La edad, el estado civil y el currículum educativo (aparte, una misma confesión, la pertenencia a un cuerpo, la residencia en un mismo territorio) pueden definir, más aún que la condición social en sentido estricto, la identidad específica de un público de lectores. Por otro lado, el estudio atestigua que no hay lecturas exclusivas: así como los libros devotos no eran patrimonio reservado únicamente a los lectores populares, las novelas de caballería (pese a su gran formato y su elevado precio) tampoco eran coto vedado de las élites nobles y acomodadas. Aunque los humildes no los poseyeran, sí pudieron, como los segadores del *Quijote*, escucharlos leer.

### *El mercado popular de lo impreso*

La segunda razón que obliga a tener en cuenta los usos más que las reparticiones, las maneras de leer más que la posesión de libros, tienen relación con las estrategias de la librería. Por doquier en Europa, y con mayor o menor precocidad según los países, los libreros-editores más audaces se inventaron un mercado popular de lo impreso. Conquistar esa clientela “popular” —en el doble sentido de la palabra: era numerosa y la componían los lectores más humildes (artesanos,

tenderos, pequeños mercaderes, élites aldeanas)<sup>10</sup>— daba por supuestas varias condiciones: una fórmula editorial que bajase los costes de producción y, por ende, el precio de venta; la distribución mediante la buhonería, urbana y rural; y la elección de textos o de géneros susceptibles de captar al mayor número posible de lectores y, entre ellos, a los menos afortunados. El fruto de todas esas estrategias editoriales fue el difundir entre lectores “populares” unos textos que anteriormente conocieron, en otra forma impresa, una circulación restringida a los notables o los cultos, o bien unos textos que, en un mismo periodo, conocieron varias formas de edición, dirigidas a públicos muy diversos.

Así sucedió, por ejemplo, con los *romances*, brindados para la lectura (y el cante) en su doble forma de *pliegos sueltos* (el más antiguo que publicaba un romance data de 1510) y de compilaciones. El *Cancionero general* de Hernando del Castillo de 1511 contenía cuarenta y ocho; le siguieron el *Cancionero de romances* publicado por Martín Nucio en Amberes en 1547 ó 1548, los *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España* (Sevilla, hacia 1549), la *Silva de Romances* (Zaragoza, 1551) y la *Silva de varios romances* (Barcelona, 1561)<sup>11</sup>. Esa doble circulación —de textos singulares impresos en una sola hoja de formato en cuarto, de colecciones que reunían varias decenas o centenares de poemas en una misma obra— nos da idea de los múltiples intercambios de que fueron objeto los romances: entre tradición oral y fijación impresa, entre las diversas versiones impresas que se copiaban una a la otra, entre las diversas generaciones de textos, desde el *romancero viejo* a los *romances nuevos* compuestos a fina-

<sup>10</sup> Acerca de las diversas definiciones de lo “popular”, *vid.* Lawrence Levine, “The Folklore of Industrial Society: Popular Culture and Its Audience”, en *American Historical Review*, vol. 97, n.º 5 (diciembre de 1992), pp. 1396-1399, en esp. p. 1373; y Roger Chartier, “Cultura popular: retorno a un concepto historiográfico”, en *Manuscrits*, n.º 12 (enero de 1994), pp. 43-62.

<sup>11</sup> *Vid.* la síntesis de Paloma Díaz-Mas, “Prólogo”, en *Romancero*. Edición y prólogo y notas de Paloma Díaz-Mas. Con un estudio preliminar de Samuel G. Armistead, Barcelona, Crítica, 1994, pp. 1-50. (Col. “Biblioteca Clásica”).

les del siglo XVI por poetas cultos (entre ellos, Lope de Vega o Góngora), o a los romances de ciego o de cordel, escritos entre el siglo XVII y el XIX por autores especializados para el público popular urbano<sup>12</sup>. En esas trayectorias múltiples que hicieron que el romance estuviera “en la base de la cultura literaria de prácticamente todos los estamentos sociales, pues todos habían oído, leído, cantado y aprendido romances”<sup>13</sup>, la invención de una fórmula editorial específica, la del pliego suelto, desempeñó un papel específico. Su forma (originariamente, una hoja o media hoja plegada en un cuadernillo de ocho o cuatro páginas de formato en cuarto)<sup>14</sup> era la condición indispensable de una amplia circulación de cualquier tipo de romance. Ajustaba el objeto impreso a la forma poética en sí, siendo un pie forzado para las nuevas creaciones<sup>15</sup>; alimentaba el comercio de los buhoneros y los vendedores ambulantes ciegos<sup>16</sup>; y ponía al alcance de todos, hasta de los menos afortu-

<sup>12</sup> *Vid.* los repertorios de Antonio Rodríguez Moñino, *Diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos (siglo XVI)*, Madrid, Castalia, 1970, e *ibid.*, *Manual bibliográfico de cancioneros y romanceros impresos durante el siglo XVI*, Madrid, Castalia, 1973; y de Giuliana Piacentini, *Ensayo de una bibliografía analítica del romancero antiguo. Los textos (siglos XV y XVI)*, I, *Los pliegos sueltos*, Pisa, Guardini, 1981, e *ibid.*, *Ensayo de una bibliografía analítica...*, *op. cit.*, II, *Cancioneros y romanceros*. Sobre los romances nuevos y los pliegos sueltos en el siglo XVII, *vid.* María Cruz García de Enterría, *Sociedad y poesía de cordel en el Barroco*, Madrid, Taurus, 1973.

<sup>13</sup> Paloma Díaz-Mas, “Prólogo”, *cit.*, p. 32.

<sup>14</sup> La definición del “pliego” puede extenderse más allá de esa forma original. El límite máximo del “pliego suelto” es de 32 páginas “y aún más” (o sea, cuatro pliegos de imprenta y más) para Antonio Rodríguez Moñino en *Diccionario bibliográfico...*, *op. cit.*, p. 11; de 32 páginas (o sea, cuatro pliegos) para María Cruz García de Enterría en *Sociedad y poesía de cordel...*, *op. cit.*, p. 61; y de 32 páginas “y aún más” para Joaquín Marco en *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX (Una aproximación a los pliegos de cordel)*, Madrid, Taurus, 1977, p. 33.

<sup>15</sup> Víctor Infantes, “Los pliegos sueltos poéticos: constitución tipográfica y contenido literario (1482-1600)”, en *En el Siglo de Oro. Estudios y textos de literatura áurea*, Potomac, Scripta Humanística, 1992, pp. 47-58.

<sup>16</sup> Jean-François Botrel, “Les aveugles colporteurs d'imprimés en Espagne”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo IX (1973), pp. 417-482, I, “La confrérie des aveugles de Madrid et la vente des imprimés du monopole à la liberté du commerce (1581-1836)”, e *ibid.*, tomo V (1974), pp. 233-271, II, “Les aveugles considérés comme mass-media”.

nados, un repertorio de textos susceptibles de múltiples usos, para acompañar el trabajo o la fiesta, para aprender a leer o para pasar el tiempo.

En la Inglaterra del siglo XVI, las *broadside ballads* eran el equivalente de los *pliegos sueltos poéticos*. Portadoras de textos religiosos o seculares que ocupaban una sola cara, y vendidas por los buhoneros (como el Autocyclus de *Winter's Tale*), las *ballads* constituían un género tanto poético como editorial de grandísima circulación<sup>17</sup>. Unos pocos datos nos lo mostrarán con claridad: el gran número de ediciones, evaluado en unas 3.000 en el siglo XVI; el acaparamiento del mercado a comienzos del siglo XVIII por cinco libreros de la Stationer's Company, los *ballad partners*, que establecieron en 1624 un casi monopolio sobre el *broadside stock*; o los "préstamos" realizados por los productores "piratas" de *ballads* a las formas impresas. Los textos de las *ballads* conservados en los archivos de la Star Chamber, encargada entre 1603 y 1625 de perseguir a los autores de los *diffamous libels* y las *lascivious, infamous* o *scandalous ballads* dirigidos contra los magistrados, alguaciles o delegados, nos ofrecen dos rasgos capitales. Por un lado, nos atestiguan la originalidad de las composiciones emanadas de una cultura de las *taverns* donde los que podían (maestros de escuela, procuradores, viajeros cultos) empuñaban la pluma para fijar una creación colectiva que no solía tener en cuenta las reglas formales y que apuntaba a metas muy particulares. Pero, por otro lado, las *ballads* manuscritas, hechas para ser distribuidas, cantadas y fijadas en las paredes, imitaban las formas de las *ballads* impresas cuyos textos se adaptaban a veces a las circunstancias, y cuya disposición tipográfica en dos columnas se imitaba y cuyas tonadas se reutilizaban<sup>18</sup>. Al igual que en el caso de los romances, la publicación impresa de los poemas tuvo indudables repercusiones en la tradición o la

<sup>17</sup> Tessa Watt, *Cheap Print and Popular Piety, 1550-1640*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

<sup>18</sup> Adam Fox, "Ballads, Libels and Popular Ridicule in Jacobean England", en *Past and Present*, 145 (noviembre de 1994), pp. 47-83.

creación oral: influyó en ella muy sensiblemente, proponiéndole sus formas y sus textos.

Sacando provecho de sus numerosas bazas (el control de las redes de buhoneros, la propiedad de los *copyrights* —o, mejor dicho, de los *rights in copies* de los textos de gran circulación—, el conocimiento de la clientela más popular), los *ballad publishers* inventaron y explotaron en la década de 1620 un nuevo comercio: el *penny chapbook trade*. La fórmula editorial era rígida, y en ella cabe distinguir tres clases de objetos impresos: los *small books* compuestos de 24 páginas de formato en octavo o al dozavo (o sea, un pliego y medio o un pliego), los *double books*, compuestos de 24 páginas en formato en cuarto (o sea, tres pliegos), y las *histories*, que tenían entre 32 y 72 páginas (o sea, entre cuatro y nueve pliegos). En el siglo XVII, los primeros se vendían a dos peniques o dos peniques y medio; los segundos, a tres o cuatro peniques, y los últimos, a cinco o seis peniques<sup>19</sup>. El repertorio del que se apoderó esa fórmula editorial reutilizó, adaptó y a veces abrevió textos antiguos, religiosos o laicos (las *penny godliness* y las *penny merriments*) que pertenecían a diversos géneros y a diversas tradiciones<sup>20</sup>. La estrategia editorial desplegada por los *ballad partners* londinenses era, pues, muy semejante a la seguida, en la misma época, por los libreros-editores de Troyes, inventores en los últimos años del siglo XVI de una fórmula similar: la de la *Bibliothèque bleue*<sup>21</sup>.

#### *Apropiaciones contrastadas*

Los lectores "populares" del Renacimiento, por consiguiente, no se veían confrontados con una "literatura" propia. Por todas partes, los textos y libros que circulaban en la

<sup>19</sup> Margaret Spufford, *Small Books and Pleasant Histories. Popular Fiction and Its Readership in Seventeenth-Century England*, Londres, Methuen, 1981.

<sup>20</sup> Tessa Watt, *op. cit.*, pp. 257-295, "The development of the chapbook trade".

<sup>21</sup> Sobre la *Bibliothèque bleue*, *vid.* las puntualizaciones de Roger Chartier, *Lectures et lecteurs dans la France de l'Ancien Régime*, París, Ed. du Seuil, 1987, pp. 110-121, pp. 247-270 y pp. 271-351.

totalidad del mundo social eran compartidos por unos lectores de condición y cultura harto diversas. Es conveniente, pues, que traslademos la atención hacia los usos contrastados de los mismos géneros, de las mismas obras en conjunto y, aunque las formas editoriales están dirigidas a públicos distintos, de las mismas obras en particular.

La cuestión esencial pasa a ser entonces la de las prácticas populares de lo impreso, que se sitúa en una perspectiva más amplia. En efecto, para los historiadores, la pregunta fundamental puede formularse de la siguiente manera: ¿cómo captar las variaciones cronológicas y sociales del proceso de construcción del sentido, tal como tiene lugar en el encuentro entre el “mundo del texto” y el “mundo del lector”, según los términos de Paul Ricoeur?<sup>22</sup>

La línea teórica hermenéutica y fenomenológica de Ricoeur constituye un valioso apoyo en la definición de una historia de las prácticas de leer. En primer lugar, en contra de las formulaciones estructuralistas y semióticas más abruptas que localizan el significado únicamente en el funcionamiento automático e impersonal del lenguaje obliga a considerar la lectura como el acto mediante el cual el texto cobra sentido y adquiere eficacia. Sin lector, el texto no es más que un texto virtual, sin verdadera existencia:

Cabría creer que la lectura viene a añadirse al texto como un complemento que puede faltar [...]. Nuestros análisis anteriores deberían bastar para disipar esa ilusión: sin lector que le acompañe, no hay acto ninguno configurante que actúe en el texto; y sin lector que se lo apropie, no existe en absoluto el mundo desplegado del texto<sup>23</sup>.

Restituida en su forma de efectuación, la lectura es pensada en una doble dimensión y a través de una doble referencia.

<sup>22</sup> Paul Ricoeur, *Temps et récit*, París, Ed. du Seuil, 1985, t. III, *Le temps raconté*, pp. 228-263.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 239.

En su dimensión individual, tiene que ver con una descripción fenomenológica que la considera como una acción dinámica, como una respuesta a las sollicitaciones del texto, como una “labor” de interpretación. Con ello se instaura una fisura entre texto y lectura que, en su capacidad inventiva y creadora, nunca está totalmente sometida a las órdenes acuciantes de la obra<sup>24</sup>. En su dimensión colectiva, la lectura debe caracterizarse como una relación analógica entre las “señales textuales” emitidas por cada obra en particular y el “horizonte de espera” compartido colectivamente, que gobierna su recepción. El significado del texto, o mejor dicho *sus* significados, dependen de los criterios de clasificación, de los *corpus* de referencias, de las categorías interpretativas que son los de sus diferentes públicos, sucesivos o contemporáneos<sup>25</sup>.

Por último, el seguir a Paul Ricoeur nos permite comprender la lectura como una “apropiación”. Y ello, en un doble sentido: por un lado, la apropiación designa la “efectuación”, la “actualización” de las posibilidades semánticas del texto; por otro lado, sitúa la interpretación del texto como la mediación a través de la cual el lector puede llevar a cabo la comprensión en sí y la construcción de la “realidad”.

La perspectiva así trazada es esencial y, no obstante, no puede satisfacer por completo a un historiador. Su primer límite, que es asimismo el de las referencias que le sirven de basamento, la fenomenología del acto de lectura por un lado, y la estética de la recepción por otro, se debe al hecho de que considera los textos como si existieran en sí mismos, fuera de toda materialidad. Contra esa abstracción del texto, conviene recordar que la forma que le da a leer participa, a su vez, en la construcción del sentido. El “mismo” texto, fijo en su letra, no es el “mismo” si cambian los dispositivos del soporte que le transmite a sus lectores, sus auditores o sus espectadores.

<sup>24</sup> Wolfgang Iser, *Der Akt des Lesens. Theorie ästhetischer Wirkung*, Múnich, Wilhelm Fink, 1976. [Trad. castellana, *El acto de leer. Teoría del efecto estético*, Madrid, Taurus, 1988].

<sup>25</sup> Hans Robert Jauss, *Literaturgeschichte als Provokation*, Francfort del Main, Suhrkamp Verlag, 1970.

De ahí la centralidad reconquistada por las disciplinas que como la *bibliography* sitúan en el centro de sus análisis el estudio de la función expresiva de los recursos no verbales del libro (o de cualquier otro objeto escrito) y el de la relación entre forma y sentido, “the relation of form to meaning”, según la expresión de D. F. McKenzie<sup>26</sup>. Por otro lado, la línea fenomenológica y hermenéutica supone implícitamente una universalidad del leer. Por doquier y siempre, la lectura es pensada como un acto de mera intelección e interpretación, un acto cuyas modalidades concretas no importan. Contra esa proyección de la lectura a lo universal cabe poner de relieve que es una práctica de múltiples diferenciaciones, en función de las épocas y los ambientes, y que el significado de un texto depende, también, de la manera en que es leído (en voz alta o de modo silencioso, en soledad o en compañía, para su fuero interno o en la plaza pública, etc.).

Una historia de las lecturas y de los lectores (populares o no) será, pues, la de la historicidad del proceso de apropiación de los textos. Considera que el “mundo del texto” es un mundo de objetos o de formas cuyas estructuras, dispositivos y convenciones dan asiento y ponen límites a la producción de sentido. Considera asimismo que el “mundo del lector” está constituido por la “comunidad de interpretación” (según la expresión de Stanley Fish)<sup>27</sup> a la cual pertenece, y que define un mismo conjunto de competencias, usos, códigos e intereses. De ahí la necesidad de una doble atención: a la materialidad de los objetos escritos y a los gestos de los sujetos lectores.

### *Leer en voz alta, leer en silencio*

El recuperar los lectores “populares” del Renacimiento conduce necesariamente a interrogarse acerca de las estrate-

<sup>26</sup> D. F. McKenzie, *Bibliography and the Sociology of Texts*, The Panizzi Lectures, 1985, Londres, The British Library, 1986.

<sup>27</sup> Stanley Fish, *Is There a Text in this Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1980, pp. 1-17.

gia de investigación que es posible desplegar para reconstruir sus prácticas. La primera se dedica a aclarar las representaciones de las modalidades y los efectos de la lectura tal como los textos los construyen. Entre los siglos XV y XVII se organizan a partir de la competencia, que es asimismo una trayectoria, entre lectura en voz alta y lectura silenciosa. Valga el ejemplo de la literatura española del Siglo de Oro. La lectura en voz alta se designaba entonces como un modo ordinario, esperado, buscado, de la apropiación de las obras, sin tener en cuenta para nada su género. Como ha demostrado Margit Frenk, esa lectura implícita, que era lectura en voz alta por parte de un lector oralizador para un público de oyentes, no era propia, ni mucho menos, de los géneros poéticos: romances, villancicos, lírica cancioneril, poemas épicos, poesía italianizante. Era también la lectura supuesta de la comedia humanista (recordemos el prólogo de *La Celestina*), de las novelas de caballería (“Que trata de lo que verá el que lo leyere, o lo oirá el que lo escuchare leer”, escribe Cervantes en el encabezamiento del capítulo LXVI de la segunda parte del *Quijote*), de las novelas pastoriles, de las novelas cortas, de los textos de historia (Bernal Díaz del Castillo indica en el prólogo de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*: “Mi historia, si se imprime, cuando la vea e oyan, la darán fe verdadera”)<sup>28</sup>. La práctica de la lectura oralizada, escrita o buscada por los textos creaba, por lo menos en las ciudades, un amplio público de “lectores” populares que incluía tanto a los semianalfabetos como a los analfabetos y que, gracias a la mediación de la voz lectora, se familiarizó con las obras y los géneros de la literatura culta, compartida mucho más allá de los círculos doctos:

Dada la importancia que la voz seguía teniendo en la transmisión de los textos, el público de la literatura escrita no se limitaba a sus “lectores”, en el sentido moderno de la palabra, sino que se

<sup>28</sup> Margit Frenk, “‘Lectores y oidores’. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro”, en *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, publicadas por Giuseppe Bellini, Roma, Bulzoni, 1982, vol. I, pp. 101-123.

extendía a un elevado número de oyentes. Cada ejemplar de un impreso o manuscrito era virtual foco de irradiación, del cual podían emanar incontables recepciones, ya por su lectura oral, ya porque servía de base a la memorización o a la repetición libre. El alto grado de analfabetismo no constituía en principio un obstáculo para la existencia de un público muy numeroso: bastaba con que en una familia o en una comunidad hubiese una persona que supiese leer para que, virtualmente, cualquier texto llegara a ser disfrutado por muchos <sup>29</sup>.

A esta primera percepción, que identifica lo “popular” con una circulación de los textos extendida a la totalidad de una sociedad, se opone otra: la que reconoce los progresos de la lectura silenciosa, posiblemente solitaria, no sólo en los círculos doctos sino también en los más humildes. El desafío es decisivo. Debido a que anulaba la separación, siempre manifiesta en la lectura en voz alta, entre el mundo del texto y el mundo del lector, y porque aportaba una fuerza de persuasión inédita a las fábulas de los textos de ficción, la lectura silenciosa poseía un encanto peligroso <sup>30</sup>. El vocabulario la designaba con los verbos del arrobó: *encantar*, *maravillar*, *embelesar*. Los autores la representaban como más apta que la palabra viva, recitante o lectora, para hacer creíble lo increíble. Por vía de ejemplo, Cervantes: en *El casamiento engañoso*, Campuzano no relata o no lee en voz alta el “coloquio” que ha redactado de “las cosas que estos perros, o sean quien fueren, hablaron”. Se lo da a leer a Peralta (“Yo me recuesto —dijo el Alférez— en esta silla, en tanto que vuesa merced lee, si quiere, esos sueños o disparates”), como si la imaginación del lector pudiera ser captada más fácilmente mediante una lectura en silencio, como si en el *Coloquio de los perros* pudiera ser creído más fácilmente si se suprimiera toda mediación entre el texto que lo relata y su lector.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 115-116.

<sup>30</sup> B. V. Ife, *Reading and Fiction in Golden-Age Spain. A platonist critique and some picaresque replies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

Las múltiples prohibiciones dictadas por las autoridades castellanas contra la literatura de ficción han de ser entendidas en relación con el temor que inspiraba una práctica de lectura que tornaba borrosa en los lectores la frontera entre lo real y lo imaginario. En 1531, un decreto regio prohibía la exportación a Indias de los “romances” y las “historias vanas o de profanidad como son las de *Amadís* y otras de esta calidad”. En 1534, otro decreto regio reiteraba la prohibición, declarando ilegales la impresión, venta y posesión en los reinos de Indias de los “romances que traten de materias profanas y fabulosas e historias fingidas. Y en 1555, las Cortes reunidas en Valladolid pidieron la extensión a España de la prohibición de “todos los libros que después de él [el *Amadís de Gaula*] se han fingido de su calidad y lectura, y coplas y farsas de amores y otras vanidades” <sup>31</sup>. Como muy bien ha demostrado B. W. Ife, el recelo hacia la ficción tenía sus raíces en una referencia neoplatónica, hostil a las seducciones de la ilusión y al atractivo de los malos ejemplos. Pero se apoyaba, también, en la obsesión por los progresos de la lectura silenciosa, más vulnerable y propicia a dejarse engañar. En esa misma percepción se basó sin duda la negativa de la Junta de Reformación, en 1625, a conceder nuevos permisos de impresión para novelas u obras de teatro <sup>32</sup>.

#### *Fórmulas editoriales y repertorios textuales*

La segunda línea teórica encaminada a caracterizar las lecturas “populares” se apoya en una hipótesis de trabajo, así formulada por D. F. McKenzie: “Los nuevos lectores originaron nuevos textos, y sus significados estaban en función de sus nuevas formas” <sup>33</sup>. Debido a la transformación formal y

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 16-17.

<sup>32</sup> Jaime Moll, “Diez años sin licencias para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla: 1625-1634”, en *Boletín de la Real Academia Española*, LIV (1974), pp. 97-103, y D. V. Cruickshank, “‘Literature’ and the Book-Trade in Golden-Age Literature”, en *The Modern Language Review*, vol. 73, parte 4 (octubre de 1978), pp. 799-824.

<sup>33</sup> D. F. McKenzie, *op. cit.*, p. 20.

material de su presentación, que modificaba los formatos y la compaginación tipográfica, la proporción de texto e ilustraciones, los textos pudieron ganarse nuevos públicos, más amplios y menos doctos, y recibir nuevos significados, alejados de los deseados por su autor o contruidos por sus primeros lectores. Los libros de la *Bibliothèque bleue* o los *chapbooks* ingleses publicaron textos que ya lo habían sido, de otra manera y por otras personas; pero, al darles nuevas formas, los colocaron al alcance económico e intelectual de nuevos lectores, cuya lectura no era la misma que la de las personas con cultura. Su modo de leer exigía secuencias breves, separadas unas de otras y encerradas en sí mismas; necesitaba la ayuda de la imagen que, aunque fuera de segunda mano, permitía indicar o memorizar el sentido; y requería la repetición más que la invención, ya que cada texto nuevo era como una variación sobre temas y motivos ya conocidos. A ello se debió la presentación por los libreros-editores del *corpus* de los libritos azules o los *chapbooks* con arreglo a categorías discursivas y/o materiales explícitas: en Inglaterra, la distinción entre *small godly books*, *small merry books*, *double books* y *histories*<sup>34</sup>. Y a ello se debió asimismo la organización implícita del repertorio de buhonería con arreglo a unas clases de textos que constituían otros tantos géneros: en la *Bibliothèque bleue*, las novelas de caballería, los cuentos de hadas, la literatura de la indigencia, los manuales de urbanidad y los libros de práctica, a los que cabe añadir, aunque la designación genérica de la *Bibliothèque bleue* los excluía en el siglo XVII, las obras religiosas (vidas de santos, compilaciones de villancicos, manuales de devoción, etc.) y los almanaques<sup>35</sup>.

Los *pliegos sueltos* castellanos —al igual que los *plecs poètics* catalanes—<sup>36</sup> eran a la vez una fórmula editorial, un reper-

<sup>34</sup> Margaret Spufford, *op. cit.*, pp. 91-101 y, para un ejemplo de catálogo, pp. 262-267.

<sup>35</sup> Henri-Jean Martin, "Culture écrite et culture orale, culture savante et culture populaire dans la France de l'Ancien Régime", en *Journal des Savants*, julio-diciembre de 1975, pp. 225-282.

<sup>36</sup> Joana Escobedo, *Plecs poètics catalans del segle XVII de la Biblioteca de Catalunya*, Barcelona, Biblioteca de Catalunya, 1988.

torio de textos y una representación del público. En efecto, los *pliegos* estaban perfectamente adaptados a las dimensiones y las posibilidades de los talleres tipográficos, cuya capacidad de producción se mantuvo un tanto corta. En una jornada, un taller que no disponía más que de una prensa sólo podía tirar entre 1.250 y 1.500 ejemplares de un pliego de imprenta. Y es así que, en su definición original, el *pliego* era justamente "una hoja de papel en su tamaño normal, doblada [plegada] dos veces [al centro] para obtener ocho páginas"<sup>37</sup>. Ajustada a las limitaciones económicas y técnicas de la imprenta española, la fórmula del pliego (aunque se la ampliase a cuatro o cinco hojas de papel) dictaba, debido a sus límites materiales, la elección de textos que podían publicarse. Tenían que ser breves, susceptibles de gran circulación y, lo mismo que más adelante en Francia y en Inglaterra, pertenecer a géneros identificables de inmediato. A ello se debió, en los siglos XVI y XVII, la elección de romances, antiguos o nuevos, y la de *relaciones de sucesos* cuya producción anual se incrementó grandemente desde la última década del siglo XVII<sup>38</sup>, o la de *comedias sueltas* a partir de mediados del XVI. Al hacer circular las obras tradicionales o nuevas en todos los estamentos sociales, inclusive entre lectores (u oyentes) populares, los pliegos sueltos nos remiten a una percepción de un público partido en dos, desdoblado entre el *vulgo* y el *discreto*. Ciertamente es que la categoría de "vulgo" no designaba, de manera ni inmediata ni necesaria, a un público "popular" en el sentido estrictamente social del término. Mediante una retórica literaria que halla su expresión más aguda en 1599 en la fórmula del doble prólogo del *Guzmán de Alfarache* precedido por sendas dedicatorias

<sup>37</sup> Antonio Rodríguez Moñino, *Poesía y cancioneros (siglo XVI)*, Madrid, Real Academia Española, 1968, pp. 31-32. Para Pedro M. Cátedra y Víctor Infantes, "el auténtico 'pliego' de origen" consiste en un pliego de imprenta plegada dos veces (en cruz), o sea 8 páginas de formato en cuarto, y "debemos admitir que cada plana (suplementaria) aleja de su primitiva condición el pliego original", "Estudio", en *Los pliegos sueltos de Thomas Croft (siglo XVI)*, Valencia, Primus Calamus, Albatros Ediciones, 1983, pp. 11-48 (la cita, pp. 25-26).

<sup>38</sup> Mercedes Agulló y Cobo, *Relaciones de sucesos: I, años 1477-1619*, Madrid, C.S.I.C., Cuadernos Bibliográficos, XX, 1966.

“Al vulgo” y “Al discreto lector”, el autor pretendía así descalificar a los lectores (o espectadores) desprovistos de juicio estético y de competencia literaria<sup>39</sup>. Pero en la Castilla del Siglo de Oro, esos “ignorantes” constituían un dilatado mercado: un mercado para la comedia, porque como escribió Lope en su *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo* de 1609, “porque [las comedias] las paga el vulgo, Es justo / hablarle en necio para darle gusto”; un mercado, también, para los impresos de poco coste, vendidos por los ciegos y portadores de los géneros más aptos para atraerse un amplio público, como la poesía de los cancioneros, los relatos de hechos extraordinarios o de sucesos, o los momentos culminantes de las comedias. La existencia postulada, y también comprobada, de ese *vulgo* como público gobernaba las estrategias de la escritura de las obras cultas; gobernaba asimismo las opciones textuales y editoriales de los libreros que publicaban para la inmensa mayoría.

Esa misma vinculación entre una fórmula editorial, una categoría específica de textos y la percepción de un público múltiple, “popular” por su dimensión y su composición, se daba también en la producción de los *occasionnels* franceses<sup>40</sup>. Tres rasgos confieren unidad a esos libritos, publicados en los siglos XVI y XVII, y muy en especial entre 1570 y 1630: su forma material, su modo de circulación y sus títulos. Por lo general se trataba de breves relatos en octavo cuyo texto no pasaba del contenido de un pliego o medio pliego de imprenta (o sea, 16 u 8 páginas) —lo cual quería decir que una sola prensa bastaba para tirar 1.250 o 2.500 ejemplares en una jornada— y cuya difusión, esencialmente urbana, la llevaban a cabo

<sup>39</sup> E. C. Riley, *Cervantes's Theory of the Novel*, Oxford, At the Clarendon Press, 1962 [trad. castellana, *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus, 3ª ed., 1981, pp. 135-186, “El autor y el lector”]; y María Cruz García de Enterría, “Lectura y rasgos de un público”, en *Edad de Oro*, XII (1993), pp. 119-130.

<sup>40</sup> Jean-Pierre Seguin, *L'information en France avant le périodique. 517 canards imprimés entre 1529 et 1631*, París, Editions G. P. Maisonneuve et Larose, 1964; y, a guisa de ejemplo, Roger Chartier, “La pendue miraculeusement sauvée. Étude d'un occasionnel”, en *Les usages de l'imprimé (XV<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècles)*, bajo la dirección de Roger Chartier, París, Fayard, 1987, pp. 83-127.

los buhoneros y los mercaderes ambulantes. La mayoría de ellos se presentaba como “relatos” o “discursos”, pareciendo equivalentes ambos términos. Sus títulos eran un reflejo de los registros en que se movían esos textos, siempre anónimos. Proclamaban hechos extraordinarios susceptibles de sorprender (a ello se debía el gran predominio de adjetivos como “prodigioso”, “maravilloso” o “admirable”). Prometían el pavor (de ahí, la serie “espantoso”, “horroroso”, “cruel”, “sanguinario”, “terrible”, “bárbaro”, “inhumano”) y concitaban la piedad (“lamentable”, “lastimoso”). E insistían en la autenticidad de los hechos narrados, proclamados “verídicos” o “verdaderos”.

Los textos compuestos para su publicación en forma de *occasionnel* obedecían a una misma estructura: se abrían mediante el enunciado de una verdad general, teológica o moral, y luego venía el relato que tenía la misión de ilustrarla, y el texto terminaba con lección religiosa que el lector había de sacar. El exordio y la sentencia final fijaban el sentido propio del “discurso”, forma seglar e impresa de la predicación cristiana. Ya pusieran en guardia contra el baile o los duelos, contra los pactos con el diablo y las conversiones a la herejía, las “historias” de los *occasionnels* eran otros tantos *exempla* enarbolados por una acción pastoral heredada de la tradición medieval, basada en la amenaza de terribles penitencias y de la condenación eterna, recogida por el impreso de gran circulación.

Esos textos eran, pues, instrumentos manejados para denunciar al protestantismo, cristianizar las costumbres y conquistar o reconquistar las almas. Esas miras son las que expresaban en determinados *occasionnels* los discursos acerca del arrepentimiento y las profesiones de fe pronunciadas por los reos (hombres o mujeres) en el momento de sufrir su castigo. Asimismo, explican por qué los libritos se tornaron más numerosos en tiempos de las guerras de Religión, en las que solieron militar a favor del catolicismo radical de la Liga, y en el primer tercio del siglo XVII, cuando la Iglesia pretendió inscribir en almas y cuerpos las decisiones del Concilio de Trento. Los *occasionnels* de los años 1570-1630 pusieron al servicio de una causa político-religiosa —la de la Contrarreforma

católica— unas narraciones presentadas como “verídicas” y “nuevas” pero que, en su mayoría, echaban mano de tramas y motivos antiguos: los de los *exempla*, las vidas de santos o incluso los cuentos populares.

Su fuerza persuasiva dependía de la credibilidad que los lectores les otorgaran. Los hechos narrados, singulares e inauditos, tenían que poder ser tenidos por verdaderos. Para ello, se movilizaron varias técnicas adecuadas: la cita que insertaba en el *occasionnel* fallos y sentencias tomadas de los registros de los tribunales, las declaraciones de testigos destacados por su rango o su cargo (hidalgos, sacerdotes, clérigos regulares, notables), la acumulación de detalles con pelos y señales (nombre y apellidos, indicaciones de lugares, etc.) que eran otros tantos efectos realistas. Con menor frecuencia pretendía el autor haber visto lo que describía. Ese modo de acreditación de la verdad era desde luego muy minoritario, debido sin duda a que los sucesos extraordinarios relatados se inscribían en otras lógicas diferentes que las del mero atestado. En la mayoría de los casos, se los considera como signos premonitorios o que anunciaban castigos. Los fenómenos o desórdenes de la naturaleza (cometas, diluvios, monstruos) eran a modo de presagios o de castigos que manifestaban la voluntad divina, o bien la maldad del diablo, deseada a su vez por la ira de Dios. Hubo de todos modos ciertos casos, menos numerosos, en los que los fenómenos naturales, por muy extravagantes que fueran, se exponían desligados de todo estatuto de signo, descritos como meras curiosidades que la filosofía natural tenía que cosechar, clasificar y comparar. Con ello, como ha sugerido Lorraine Daston, los *occasionnels* constituían, junto con los libros secretos de los artesanos<sup>41</sup>, una de las fuentes, un poco paradójica e inesperada, de la noción moderna de hecho científico<sup>42</sup>.

<sup>41</sup> William Eamon, “Arcana Disclosed: The Advent of Printing, the Books of Secret Tradition, and the Development of Experimental Science in the Sixteenth Century”, en *History of Science*, vol. 22, parte 2, n.º 56, junio de 1954, pp. 111-150.

<sup>42</sup> Lorraine Daston, “Marvelous Facts and the Miraculous Evidences in Early Modern Europe”, en *Critical Inquiry*, vol. 18, n.º 1 (otoño de 1991), pp. 93-124.

### *Maneras de leer*

Tanto los *pliegos sueltos* como los *occasionnels*, los *livres bleus* como los *chapbooks* son un exponente, pese a sus diferencias, de la validez de una línea teórica que parte de los propios objetos impresos e intenta reconstruir, por un lado, las clases de textos de las que pueden servir de apoyo, y por otro, los lectores (y lecturas) que sus editores les suponían. ¿Será posible dar un paso suplementario y documentar de manera más directa el modo en que los más humildes se apropiaban de los textos que compraban, tomaban prestados o escuchaban? Grande es la dificultad en la medida en que, a la inversa de la de los eruditos y los doctos, la lectura “popular” no ha dejado huellas en los propios objetos impresos. Las minuciosas “colectas” de las anotaciones al margen que han permitido reconstruir las lecturas de Tito Livio por Gabriel Harvey, lector profesional al servicio de diversos amos aristócratas<sup>43</sup>, o los usos e interpretaciones del *Universae Naturae Theatrum* de Bodino por sus lectores universitarios<sup>44</sup>, parecen estar eternamente vedadas a los historiadores más desprovistos de recursos. Tampoco disponen de las confesiones que en el siglo XVIII dejaron algunos lectores populares que empuñaron la pluma para plasmar el relato de su vida<sup>45</sup>.

En los países que, para desgracia de sus pueblos y para dicha de los historiadores, conocieron y sufrieron los tribu-

<sup>43</sup> Lisa Jardine y Anthony Grafton, “‘Studied for Action’: How Gabriel Harvey Read His Livy”, en *Past and Present*, n.º 129 (noviembre de 1990), pp. 30-78.

<sup>44</sup> Ann Blair, “Humanist Methods in Natural Philosophy: the Commonplace Book”, en *Journal of the History of Ideas*, vol. 53, n.º 4 (octubre-diciembre de 1992), pp. 541-551.

<sup>45</sup> A modo de ejemplo, y sólo para Francia, *vid.* las memorias y autobiografías siguientes: Valentin Jameray-Duval, *Mémoires. Enfance et éducation d'un paysan au XVIII<sup>e</sup> siècle*, introducción de Jean-Marie Goulemot, Paris, Le Sycomore, 1981; *Journal de ma vie. Jacques-Louis Ménétrea, compganon vitrier au XVIII<sup>e</sup> siècle*, presentado por Daniel Roche, Paris, Montalba, 1982; y Anne Fillon, *Louis Simon, étaminier (1741-1820) dans son village du Haut-Maine au siècle des Lumières*, tesis de tercer ciclo, Université du Maine, 1982.

nales de la Inquisición, las declaraciones realizadas por los reos a sus jueces pudieron representar un buen filón para sustituirlas. Gracias a los archivos represivos, parecía posible la reconstitución de las maneras de leer: individualmente, con Menocchio; en una comunidad, con los acusados de la diócesis de Cuenca, en la recepción de la obra de un solo autor, con las interpretaciones que los lectores/as italianos dieron (en este caso) de los escritos de Erasmo <sup>46</sup>. Partiendo de ahí, grande ha sido la tentación de caracterizar la manera de leer de los más humildes como si todos fueran Menochios y como si la especificidad de la lectura “popular” se debiera a la dislocación de los textos, a la descontextualización de los fragmentos, a la adhesión a la literalidad del sentido. La organización misma, fragmentada y secuencial, de los impresos para la inmensa mayoría, no podía sino reforzar ese diagnóstico.

Diagnóstico que seguramente posee su pertinencia, pero requiere, no obstante, una necesaria prudencia en la medida en que las prácticas dadas por específicamente populares eran asimismo, en otras modalidades, las de la lectura culta. Los dos objetos emblemáticos de la lectura docta en el Renacimiento —el facistol que permitía leer varios libros a la vez, y el cuadernillo de lugares comunes que distribuía entre sus rúbricas las citas, informaciones y observaciones recogidas por el lector— ¿no conllevaban también una manera de leer que procedía mediante extractos, desplazamientos y cotejos, y que revestía la cosa leída (o escuchada) de un peso absoluto de autoridad? Si bien no todos los lectores cultos participaban de la cultura de los lugares comunes (*vid.* la prueba en la lectura de Montaigne) <sup>47</sup>, esa cultura organizaba, de todos modos, los usos del libro entre la mayoría de esos lectores. ¿Hay acaso

<sup>46</sup> Silvana Seidel Menchi, *Erasmo in Italia 1520-1580*, Turín, Bollati Boringheri, pp. 286-321.

<sup>47</sup> *Vid.* el estudio de Francis Goyet. “À propos de ‘ces pastissages de lieux communs’ (le rôle des notes de lecture dans la genèse des *Essais*)”, en *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, 5-6 (1986), pp. 11-276 y 7-8 (1987), pp. 9-30; y *Rhétorique et littérature: le “lieu commun” à la Renaissance*, tesis de doctorado de Estado, Université de Paris XII, 1993.

que ver en Menocchio un practicante plebeyo, torpe y desmañado, de esa técnica intelectual? ¿Cabe considerar que, aunque perteneciera a la cultura “popular”, en el sentido amplio de la comunidad de aldea, sus maneras de leer, en cambio, eran muy poco populares? En todo caso, esa interrogación ha de ponernos en guardia contra una calificación social demasiado apresurada y demasiado global de las características morfológicas de las prácticas de lectura.

Esa interrogación nos invita, a la vez, a proseguir una indagación que sólo está en sus primeros pasos, ligando estrechamente (como sugieren Lisa Jardine y Anthony Grafton a los historiadores del libro, a quienes consideran demasiado timoratos) <sup>48</sup>, el estudio de los textos, de la lectura, del libro y de la interpretación de los textos. Semejante programa, que gobierna un renovado enfoque de las lecturas humanistas <sup>49</sup>, puede servir de guía para captar, en la medida en que se pueda, las lecturas sin huellas de lectores anónimos. La tarea no es cómoda, y siempre está amenazada por diversos peligros: por ejemplo, tomar las representaciones por prácticas efectivas, o bien manejar de manera demasiado estrechamente social la categoría de “popular”, o asimismo reinscribir la construcción del sentido únicamente en el texto (y el objeto que lo porta) tras haber, no obstante, postulado su autonomía. Todos esos escollos no son fáciles de evitar, por falta de fuentes y de precauciones. Pero es preciso sortearlos para construir una mayor inteligibilidad de las comunidades de lectores, de los géneros editoriales y de las modalidades de la interpretación.

<sup>48</sup> Lisa Jardine y Anthony Grafton, art. cit., nota 148, p. 78.

<sup>49</sup> *Vid.* Lisa Jardine, *Erasmus, Man of Letters. The Construction of Charisma in Print*, Princeton, Princeton University Press, 1993; y la obra colectiva de Anthony Grafton, Lisa Jardine y William Sherman, *Reading in the Renaissance* (en prensa).

# ¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?

Reinhard Wittmann

### *Introducción*

Desde que el mundo es mundo, no se han visto sucesos tan extraños en Alemania como han sido la *lectura de novelas*, o en Francia la *revolución*. Estos dos extremos están estrechamente imbricados, y no es improbable que las novelas hayan hecho en secreto tan infelices al hombre y a las familias como públicamente la terrible Revolución Francesa <sup>1</sup>.

Con esta equiparación de los acontecimientos políticos que convulsionaron Europa occidental y de una revolución lectora ocurrida en Europa central, el librero conservador Johann Georg Heinzmann expresa en el año 1795 la convicción de muchos coetáneos: el Antiguo Régimen no recibe en Alemania el tiro de gracia de manos de los jacobinos, sino de los lectores.

Esta alteración funcional tan rica en consecuencias de la técnica de lectura, hasta entonces exclusiva de ciertos sectores, fue saludada con entusiasmo por los revolucionarios, criticada con preocupación además por los “ilustrados moderados”, combatida con encono por las clases reaccionarias y conservadoras, por los clérigos y los responsables del Estado; pero nadie se atrevió a negarla. Inglaterra y Francia habían precedido también en esto a Europa central. Viajeros alemanes informan ya desde mediados del siglo XVIII de un cambio del comportamiento lector de consecuencias impredecibles: en Inglaterra los pizarros se hacían traer periódicos al tejado en la hora del almuerzo, y en la metrópoli francesa se podía observar que:

Todo el mundo lee en París [...] Todo el mundo —pero sobre todo las mujeres— lleva un libro en el bolso. Se lee en el coche, en

---

<sup>1</sup>J. G. Heinzmann, *Appel an meine Nation*, Berna, 1795, p. 139.

el paseo, en los teatros durante el entreacto, en el café, en los baños. En las tiendas leen las mujeres, los niños, los mozos, los aprendices. Los domingos leen las personas que se sientan delante de sus casas; los lacayos leen en sus asientos, los cocheros en sus escabellones, los soldados que cumplen guardia...<sup>2</sup>

Pocos años después, también Alemania (el nombre deberá entenderse en lo que sigue no como designación política o territorial, sino de un espacio lingüístico y cultural) cayó presa de esta revolución cultural. En ningún otro lugar, por lo que parecía, alcanzó de hecho unas dimensiones y una dinámica tan radical en lo social como en Europa central, donde estalló una enfermedad desconocida hasta entonces, extendiéndose a un ritmo trepidante; primero infección localizada, la “manía lectora” no tardó en convertirse en una verdadera “epidemia lectora” colectiva. En 1796, el pastor de Erfurt Johann Rudolf Gottlieb Beyer registra sus principales síntomas: observa a “lectores y lectoras de libros que se levantan y se acuestan con el libro en la mano, que se sientan con él a la mesa, que no se separan de él durante las horas de trabajo, que se hacen acompañar por el mismo durante sus paseos, y que son incapaces de abandonar la lectura una vez comenzada hasta haberla concluido. Pero en cuanto han engullido la última página de un libro, buscan afanosos dónde procurarse otro; y en cuanto descubren en unos servicios, en un atril, o en cualquier otro lugar, alguna cosa que pertenezca a su especialidad, o que les parezca legible, lo cogen y lo engullen con una especie de hambre canina. Ningún aficionado al tabaco, ninguna adicta al café, ningún amante del vino, ningún jugador depende tanto de su pipa, de su botella, de la mesa de juego o del café como estos seres ávidos de lectura dependen de sus legajos”<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Citado según W. Krauss, “Über den Anteil der Buchgeschichte an der Entfaltung der Aufklärung”, en *Zur Dichtungsgeschichte der romanischen Völker*, Leipzig, 1965, pp. 194-312.

<sup>3</sup> J. G. Beyer, “Ueber das Lesen, insofern es zum Luxus unserer Zeiten gehört”, en *Acta Academiae Electoralis Moguntinae Scientiarum Utilium*, vol. XII, Erfurt, 1794, p. 7.

Lo que los coetáneos diagnostican con tanta exactitud, pero parecen incapaces de curar, lo ha bautizado la investigación moderna con el término “revolución lectora”. Tras él se esconde un modelo explicativo que concibe este cambio secular como el paso revolucionario de la lectura “intensiva” a la “extensiva”. Basándose en fuentes pertenecientes al norte y centro de la Alemania protestante, Rolf Engelsing ha esbozado un proceso por el cual, a lo largo del siglo XVIII, la lectura repetitiva intensiva durante toda una vida de un pequeño canon común de textos conocidos y normativos que no dejan de interpretarse —en su mayor parte de índole religiosa, y sobre todo la Biblia— se ve sustituida por un comportamiento lector extensivo que pone de manifiesto de un modo moderno, laicizado e individual, cierta avidez por consumir un material nuevo, más variado, y, en particular, por satisfacer el deseo de entretenerse privadamente.

Sin duda no cabe hablar de una sustitución rápida y exhaustiva del acceso tradicional a la lectura por otro moderno. Pero, aun evitando el término de “revolución lectora”, no puede dudarse de que hacia el final del Antiguo Régimen destaca en toda Europa de un modo variable en lo regional y social el comportamiento lector de un público que se multiplica incesantemente, y ello tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo. Una práctica lectora más bien extensiva se convierte entonces en norma cultural obligada y dominante, mientras que la tradicional lectura intensiva pasa cada vez más por algo obsoleto y socialmente inferior. La elección de las características de tales cambios no tiene por qué ser acertada: la lectura repetitiva “intensiva” podía constituir un ritual falto de sentido, mientras que la lectura “extensiva” podía revestir una intensidad rayana en la pasión.

Para poder comprender este proceso tan rico en derivaciones para la historia cultural europea, sus causas y su avance, su difusión y sus consecuencias, para identificar en cierta medida al lector concreto del siglo XVIII, ese ser desconocido, habría que estudiar críticamente un sinnúmero de fuentes, así como sus interpretaciones más prudentes. La investigación europea ha tratado de hacerlo, en particular durante las dos últi-

mas décadas, con resultados muy irregulares. Sin embargo, aún nos encontramos en el umbral de tales estudios y carecemos de una imagen diferenciada de tal proceso<sup>4</sup>. Esta aportación no pretende ser más que otro esbozo con fines orientativos.

### *Premisas sociales y culturales*

Las múltiples condiciones y premisas, estrechamente imbricadas entre sí, de la lectura en el siglo XVIII, y su devenir político, económico, sociográfico y cultural, se delinearán aquí someramente.

La población del espacio lingüístico alemán probablemente se duplicó entre 1700 y 1800, alcanzando la cifra de 25 millones (sin contar el imperio habsburgués), culminando tal crecimiento en el último tercio del siglo. Al mismo tiempo, se inicia una marcada, si bien al principio sólo incipiente, tendencia a la urbanización, a pesar de que cerca del 80% de la población seguía viviendo en el campo. En todos los territorios del Imperio germánico, políticamente muy divididos, la posición y estructura de la nobleza y del campesinado permaneció inmutable hasta el fin del siglo, aunque en la burguesía, situada a caballo entre una y otra, se produjeron importantes procesos de cambio, diferenciación y emancipación que terminaron por dinamitar la sociedad estamental.

Con todo, la “burguesía” no constituía un estamento uniforme en el sentido de un *tiers état*, sino más bien uno poco homogéneo. A él pertenecían, como siempre, las capas tradicionales medias y altas de los comerciantes y los dirigentes de gremios, y las clases destacadas del artesanado, a las que

<sup>4</sup> En Francia se han realizado análisis cuantitativos de inventarios tras fallecimiento y catálogos de bibliotecas, aunque las consecuencias que pueden extraerse de ellos son relativas y muy generales. A menudo refieren lo que se coleccionó, pero no lo que se leía. Pues los libros dañados y los sospechosos se separaban; a menudo los catálogos representan los fondos obsoletos de generaciones anteriores, favorecen a los detentores tradicionales de la cultura y el contexto cultural heredado frente a las innovaciones. En Alemania cabe decir incluso que estos datos tan limitados sólo existen en ciertos lugares; allí imperan los modelos teóricos desprovistos de fundamento empírico.

se añadió una burguesía industrial innovadora y dinámica, también urbana. Pero es sobre todo esa “burguesía ilustrada” formada por los funcionarios con cierta formación académica y los “eruditos”, es decir, los intelectuales, los que impulsan tales cambios. Debido a la estrechez política del Imperio, con sus innumerables principados y ciudades imperiales, que operan como centros administrativos, esta élite es aquí más amplia que en el resto de los países europeos. Sus posibilidades de ascenso decrecieron considerablemente a comienzos del siglo XVIII al estabilizarse la movilidad social, relativamente alta, del barroco, al enquistarse el sistema feudal, y debido a que, a pesar de que el número de los detentadores burgueses de la cultura iba en aumento, no encontraban una ocupación adecuada. Excluidos una vez más de las posiciones de mando, estos intelectuales “flotantes” constituyeron un factor de desasosiego que ponía en entredicho de un modo cada vez más patente el sistema heredado.

Esta evolución se enmarcaba en el conocido proceso europeo de aburguesamiento de la sociedad, la cultura y la literatura. Dicho proceso constituye la aportación histórica del movimiento ilustrado, con sus nuevos valores, su ideal de paridad acorde con el derecho natural, su mentalidad utilitarista centrada en el principio de eficiencia y un afán intensivo de perfeccionamiento intelectual que servía para diferenciarse de la nobleza, pero ante todo para subir posiciones en la escala social bajo las proclamas de la razón, el humanismo, la tolerancia y la virtud. Jürgen Habermas ha definido esta alteración de la conciencia con su tesis del “cambio estructural de lo público”. La identidad burguesa se forma, por tanto, al hilo de la creación de una nueva esfera a-cortesana de lo público, que se desarrolló como una “esfera de las personas privadas convertidas en público” que pone en tela de juicio el monopolio interpretativo y de información de las autoridades estatales y eclesiásticas y que da pie, primero en lo literario, y luego en lo político, a nuevas estructuras antif feudales de comunicación e intercambio. El estatus heredado por nacimiento es sustituido por la identidad individual. Primero trató de ganarse y de afirmar su ansiada autonomía en el ámbi-

to espiritual. Esta individualidad burguesa, cuyas señas de identidad son el descubrimiento y la liberación de la subjetividad, estaba deseosa de comunicación con el fin de ampliar su limitado universo de experiencias.

Ningún otro medio podía recoger mejor esta función que la palabra escrita. La cultura impresa y la literatura se convirtieron en campo de prácticas del autoconocimiento y del raciocinio. Con ello, el libro y la lectura pasan a identificarse con otros valores en la conciencia pública; la lectura, para la que la burguesía reserva por fin el tiempo y el poder adquisitivo necesarios, desempeña ahora una función emancipatoria y se convierte en fuerza productiva social: elevaba el horizonte moral y espiritual, convertía al lector en un miembro útil de la sociedad, le permitía perfeccionar el dominio de las tareas que se le asignaban, y servía además al ascenso social. La palabra escrita se convirtió, con ello, en símbolo burgués de la cultura.

En siglos anteriores, el libro se había recibido fundamentalmente como un instrumento autoritario con una voluntad de poder impersonal. Se le tenía por factor irrenunciable del proceso disciplinador al servicio de las autoridades mundanas y eclesiásticas. Sólo el cambio más general de mentalidad ocurrido en el siglo XVIII permitió que destacara la capacidad de la letra impresa de “efectuar una penetración sustancial de la vida subjetiva del lector”<sup>5</sup>. Precisamente porque el texto reproducido mecánicamente podía ser leído con mayor automatismo que cualquier manuscrito por su uniformidad, creaba una tensión que entregaba al nuevo lector en cuerpo y alma al fantástico mundo del libro. Pero para ello se requería una premisa sustancial: la alfabetización.

La difusión de la facultad de leer y escribir en Europa a finales del siglo XVIII sólo puede ser objeto de conjeturas a falta de cifras ni siquiera aproximadas en prácticamente todo el territorio del continente. Pues, ¿a quién habría que incluir en este censo? ¿De qué nos valdrían las hipótesis en torno a una “capacidad de lectura elemental” sospechable basada en

<sup>5</sup> I. Watt, *Der bürgerliche Roman*, p. 230.

una modesta escolarización, si ésta no se traduce en el transcurso de la vida del individuo en cuestión en la *práctica* de la lectura? ¿Debemos considerar “lector” a aquel que es capaz de pergeñar su firma para una transacción comercial, al que descifra penosamente y sudoroso el familiar catecismo, o tal vez a cualquier analfabeto que escucha ávido a quien le lee en voz alta? Habrá que atender también a las diferencias relativas al sexo (la alfabetización femenina se centraba más en la lectura que en la escritura) y a la confesión, pero sobre todo a las sociales y al abismo que media entre la ciudad y el campo. Sólo contamos con cifras fiables en el caso, particularísimo, de Suecia, donde la totalidad de la población adulta, de aproximadamente 1,3 millones, sabe leer y escribir en menor o mayor medida. Pero su caso es singular; por lo demás, los cálculos de los coetáneos y las pruebas documentales ofrecen idénticos resultados en toda Europa. En la “nación de los lectores”, como denomina Samuel Johnson a Gran Bretaña, E. Burke calcula que en los años 90 del siglo XVIII hay un público de unos 80.000 individuos. Frente a una población total de seis millones, se trata apenas de un porcentaje del uno y medio. Aún en 1788, una cuarta parte de las comunidades inglesas carecía de escuelas. Igualmente vagos son los cálculos relativos a Francia. Aquí, unos 9,6 millones de personas eran capaces en los años 80 de escribir su nombre, pero también en este caso se estima que, hacia 1789, el porcentaje de analfabetos suponía un 60%.

Es indudable que en Europa central se produce en el siglo XVIII un considerable aumento *relativo* del número de lectores. Probablemente se duplicó, si no se triplicó, pero siempre en el nivel más bajo de tal capacidad. Las estimaciones de los coetáneos también varían considerablemente, e igualmente divergentes son las fuentes que encontramos<sup>6</sup>. En 1773, Friedrich Nicolai establece que el público “culto” alemán asciende a 20.000 personas (es decir, cerca del 0,01% de la población); en 1800, Jean Paul considera que el número de lectores

<sup>6</sup> Vid. R. Engelsing, *Analphabetentum und Lektüre*, Stuttgart, 1973, pp. 62 y ss.

de novelas se cifra en torno a las 300.000, lo que supondría aproximadamente un 1,5% de la población total. Ambas estimaciones —¿antes o después de la “revolución de la lectura”?— difieren por un factor de más del 100. Las investigaciones modernas dan, sin embargo, cifras más ambiciosas de lectores “potenciales”: hacia 1770, un 15% de la población mayor de seis años; hacia 1800, un 25%<sup>7</sup>. El siguiente cálculo parece mucho más realista (a pesar de lo ambicioso del promedio de tirada citado): “Con una cifra aproximada de 25 millones de habitantes en Alemania y una tirada media de la primera edición de 2.500 ejemplares, un 0,01% de la población adquiriría el libro, y cerca de un 0,1% lo leía”<sup>8</sup>. Las quejas de la época sobre una “epidemia lectora” que arrasaba en todos los estamentos continuarían, por tanto, un “fraude ideológico”<sup>9</sup>.

La democratización numérica y cuantitativa de la lectura no se produjo hasta un siglo más tarde. En el caso del ducado de Württemberg contamos con datos más concretos sobre la expansión del público lector, por lo que constituye un ejemplo (desde luego no representativo) que merece ser mencionado. En 1790, Balthasar Haug cita con precisión en su *El Württemberg culto* las cifras de la clase de notables, que en lo esencial serían también los detentadores de la cultura literaria: 834 sacerdotes, 388 vicarios y becarios en Tubinga, 452 juristas (incluyendo seguramente a altos cargos del funcionariado), 218 médicos y farmacéuticos, 300 oficiales (nobles en dos terceras partes), cerca de 200 estudiantes graduados, 75 comerciantes de Stuttgart y cerca de 450 del campo, y, finalmente, 1.324 “escribanos”, es decir, funcionarios de grado medio sin formación universitaria<sup>10</sup>. Si a estos burgueses

<sup>7</sup> R. Schenda, *Volk ohne Buch. Studien zur Sozialgeschichte der populären Lesestoffe 1770-1910*, Francfort del Main, 1970, p. 445.

<sup>8</sup> H. Kiesel, P. Münch, *Gesellschaft und Literatur im 18. Jahrhundert*, Múnich, 1977, p. 160.

<sup>9</sup> R. Schenda, *Volk ohne Buch, op.cit.*, p. 88.

<sup>10</sup> B. Haug, *Das Gelehrte Württemberg*, Stuttgart, 1790, pp. 26-32, citado según M. Hasselhorn, *Der altwürttembergische Pfarrstand im 18. Jahrhundert*, Kohlhammer, Stuttgart, 1952, pp. 33 y ss.

por posesión y formación, que alcanzan la buena cifra de cuatro mil, se añaden dos mil mujeres y jóvenes, y un par de centenares de nobles, podríamos establecer que el público lector “extensivo” de Württemberg a finales del siglo XVIII asciende a unas siete mil personas, poco más de un 1% de la población total. Los que continuaban aferrados a los hábitos lectores tradicionales seguían echando mano como siempre de los edificantes “viejos consoladores”, de la Biblia, el catecismo y el calendario.

Pero sería un error asignar al público alemán que lee regularmente, a esas trescientas mil personas que constituyen un 1,5% de la población total, un papel social y cultural tan marginal. Pues este fermento de nuevos lectores, tan reducido en un primer momento, dio pie a toda una serie de reacciones en cadena esenciales tanto en lo político como en lo cultural.

#### *Viejas y nuevas formas de lectura en el siglo XVIII*

¿Cómo transcurre concretamente la evolución de la lectura en el siglo XVIII? Para responder a esta pregunta se requeriría un patrón de la historia de la lectura más diferenciado que el que poseemos, que reflejara tanto la sucesión diacrónica con sus diversos estadios como los solapamientos sincrónicos. Pero en ningún caso cabe hablar de un proceso lineal y fácil de abarcar. Antes bien, se observa una disgregación y anonimización de la población lectora, tanto en lo social como según parámetros temporales y geográficos. Ciertos estadios del desarrollo transcurrían paralelamente, solapándose en ocasiones. La lectura se convirtió en un proceso socialmente indiferente e individual. La pertenencia a una clase ya no condicionaba el acceso a la lectura:

El público literario de la era prerrevolucionaria era aún mayoritariamente elitista, homogéneo y cerrado, mientras que el del año 1789 era socialmente *indiferente*<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> A. Martino, *Die deutsche Leihbibliothek. Geschichte einer literarischen Institution (1756-1914)*, Wiesbaden, 1977, p. 52.

La forma más extendida de trato con la letra impresa seguía siendo, al igual que antes, la lectura “indiscriminada”, una lectura que se efectuaba de un modo ingenuo, prerreflexivo e indomesticado, pero también en gran medida en voz alta. Constituía la única forma de lectura en el caso de la población rural, y de cierto número de lectores pertenecientes a las clases urbanas inferiores. Con una carga laboral semanal que se extendía desde la salida del sol hasta la noche seis días a la semana, no podía haber ni tiempo ni motivación para la lectura. La lectura como técnica de dominio o como instrumento necesario en el trato social carecía de utilidad para la vida diaria en el universo estático de las capas rurales, desde el mozo hasta el campesino hacendado. La competencia lectora rudimentaria alcanzaba para descifrar las tablas de sangrías, las predicciones climatológicas, las prescripciones para la siembra y los avisos relativos a los oficios religiosos que se difundían en los mercados, pero también mediante el comercio ambulante, así como los libritos populares de índole tanto religiosa como mundana. Muchos impresores de provincias, sobre todo en la Alta Alemania, publicaban decenas de ediciones de tales libritos. Tampoco éstos se compraban, como ocurría con la francesa *Bibliothèque bleue*, “necesariamente para su lectura, o al menos no para ser leídos a fondo, a conciencia y en profundidad”, sino que más bien servían a una “lectura aproximativa que liga varios elementos básicos por medio de la asociación, alcanzando tan sólo una leve coherencia del texto”<sup>12</sup>. Es cierto también que estos volúmenes alteraban sus contenidos cada cierto tiempo y que se adecuaban con antelación a los modos cambiantes de lectura.

Pero esta lectura “indiscriminada” también podía simultanearse con un *alfabetismo di gruppo* colectivo (Italo Sordi), es decir, con una competencia de escucha bien formada, que indirectamente equivaldría a una alfabetización. Ésta se alcanzaba mediante esa forma jerarquizada de comunicación que

era la lectura en voz alta: en el círculo familiar eran casi siempre los padres de familia o los niños quienes declamaban textos religiosos, y en el ámbito público de las tabernas, o también en los mercados, los letrados, y también los profesores o clérigos, exponían las novedades políticas o de otro signo. Los esfuerzos intensivos de los ilustradores del pueblo a finales del siglo XVIII por trastocar en la población rural esa lectura “indiscriminada” por otra “útil” por integradora de lo social, valiéndose en gran medida de una pedagogía de la lectura de tipo autoritario, fracasaron en su mayor parte.

Posteriormente, todo esto cambió bajo el trauma producido por la Revolución Francesa. También en el campo creció un interés elemental por las sensacionales nuevas que llegaban sobre la libertad, la igualdad y la fraternidad. Multiplicadores como los picapleitos, los maestros de escuela expulsados, los estudiantes recalcitrantes, los clérigos ávidos de reformas, los tenderos y maestros de postas que leían en voz alta periódicos en las escuelas y tabernas animaron al público a entablar ruidosos debates. La motivación de aprender a leer uno mismo se incentivó así sustancialmente (también gracias al control de opinión que pretendían ejercer las autoridades contrarrevolucionarias), para disgusto de las clases dirigentes en lo político y lo social, que reduplicaron sus esfuerzos por bloquear tal emancipación espiritual.

Con mayor celeridad, y antes que entre las capas medias y bajas del entorno rural, se alteró el comportamiento lector entre las urbanas, en particular entre el personal de servicio, los lacayos y los peluqueros, las camareras y sirvientas, los empleados en el comercio y el sector artesano, así como entre los cargos medios, y también bajos, del cuerpo militar. Este grupo podía suponer hasta una cuarta parte de la población ciudadana. También disfrutaban de los requisitos externos precisos para la lectura, a saber, la carísima luz, algunos ratos libres a lo largo del día, y, al disponer de alojamiento y manutención gratuitos, lograban reunir un pequeño presupuesto para la biblioteca de préstamo. En su afán por imitar a sus señores, este personal se apropió de sus nuevos hábitos de lectura, en particular en lo que se refiere al amplio consumo de nove-

<sup>12</sup> R. Chartier, *Lesewelten*, p. 181.

las. En la ciudad, la palabra escrita pasó a constituir un elemento corriente de la vida urbana diaria: carteles en las casas, anuncios en las paredes, voceros y charlatanes de mercado con sus libretos, y los omnipresentes periódicos en los estancos y tabernas. Ya en 1740, la avanzada Inglaterra consideraba a la *Pamela* de Samuel Richardson como la “heroína cultural de una hermandad muy numerosa de criadas lectoras que disfrutaban de cierto ocio”<sup>13</sup>. Esta emancipación literaria se impuso también en Alemania con un retraso de varias décadas. En 1781, un autor vienés registra entre las criadas una auténtica pasión por las “bellas letras”:

Y no contentas con esto, encima representan el papel de las sensitivas, hacen alarde de poseer un espíritu sensible, leen con avidez comedias, novelas, poemas, se aprenden de memoria escenas enteras, párrafos o estrofas, e incluso discurren sobre las penas del joven Werther.

Con el moralizante *Librito de costumbres para los criados* (Lavater, 1773) no podía atajarse ya semejante gusto lector. Las largas horas de ocio durante la guardia fomentaban la lectura entre los militares radicados en la ciudad, como critica un observador en 1780: “En las grandes ciudades, hasta los mosqueteros se hacen traer libros de la biblioteca para consumir durante las principales guardias”. El material predilecto de las guarniciones era, además de las novelas, la lectura subida de tono y los panfletos.

El polo opuesto de la lectura “indiscriminada”, socialmente en claro retroceso, pero todavía predominante porcentualmente, había sido desde siempre la lectura “cultura”. Entre las élites intelectuales no sólo se había extendido una lectura seguida, “moderna”, encaminada a proporcionar información, sino que, a partir sobre todo del siglo XVII, se había adoptado también una lectura extensiva, polihistórica y enciclopédica. Pero desde mediados del siglo XVIII, la “rata de biblio-

teca” culta, que, inclinada sobre sus legajos, olvidaba el resto del mundo, se había convertido ya en mera figura risible. Su cultura libresca, tenazmente contraria al mero utilitarismo, se enfrentaba a la imagen burguesa e ilustrada del mundo. El flemático y pedante lector de alcoba fue absuelto por el versátil y docto petimetre que cultivaba las ciencias más bien superficialmente.

La ideología de la Ilustración propagó en cambio entre los detentores de la cultura tradicionales y los de nuevo cuño una lectura “útil”. Uno de los principales instrumentos de esta propaganda lo conformaban las “revistas mensuales morales” que se publicaron entre 1720 y 1750 y que —síntoma muy revelador— surgieron en las ciudades industriales del norte protestante; junto a Leipzig, Hamburgo desempeñó un papel decisivo como puerta de entrada del pensamiento ilustrado inglés. Siguiendo el modelo de *moral weeklys* como *Spectator*, *Tatler*, *Guardian*, estas revistas difundieron un “mensaje de virtud” específicamente burgués, así como los ideales de formación propios de la Ilustración, claramente diferenciados del estilo de vida cortesano-galante. Con títulos programáticos como: *El patriota*, *El ciudadano del mundo*, *El razonable*, o *Der Biedermann*, *El filántropo*, *El espíritu libre*, *El sociable*, *Las críticas razonables*, y empleando las estrategias de fomento de la lectura de las antiguas obras edificantes, hacían llegar ahora al público con celeridad contenidos mundanos y laicos. Una lectura que fomentase una moral al mismo tiempo individual y socialmente útil constituía para el acaudalado comerciante tanto como para el afanado estudiante, para la honesta esposa como para el probo funcionario, no sólo una distracción y un placer, sino un auténtico deber moral.

Esta estrategia encontró eco entre el público lector femenino. Pues, debido al creciente bienestar económico, las esposas e hijas de la burguesía disponían ahora de más tiempo libre. Su canon de lectura, que hasta comienzos del siglo XVIII se había ceñido casi exclusivamente a las obras religiosas y edificantes (aunque dichas restricciones no siempre lograsen imponerse), podía por fin ampliarse. En los semanarios morales se recomendaban “bibliotecas para mujeres” que por lo

<sup>13</sup> I. Watt, *op. cit.*, p. 52.

demás no pretendían hacer de ellas *femmes savantes*, sino tan sólo fomentar una formación “adecuada a sus circunstancias” y estrictamente circunscrita a sus deberes domésticos. Pero aplacaban la sed de conocimientos de las mujeres con relatos de viajes y fábulas, incluso con novelas de sagas familiares inglesas. Igualmente comprometida comenzó a ser la formación en la lectura de la juventud: como la infancia comenzó a verse como un ámbito de lectura particular, se prestó mayor atención a la lectura de jóvenes y niños. La joven generación de la burguesía recibió a partir de 1760 una formación de lectura intensiva que sin duda no tuvo resonancia entre los estudiantes, que ya disponían de bastante tiempo libre y que habían adoptado desde hacía tiempo un comportamiento lector más bien extensivo y secularizado.

Esta lectura “útil” hacía del texto literario alegoría y moraleja no sólo para convertirlo en incentivo para el perfeccionamiento individual. Se desarrolló bajo el signo de un espacio público burgués emergente, principalmente mediante la institución de la sociedad literaria, para terminar propiciando una lectura centrada en la comunicación y el intercambio argumental con el fin de formar la identidad social de la burguesía. En este estadio incipiente de la lectura “comprensiva”, Jean-Jacques Rousseau opone los hábitos de lectura útiles y pragmáticos propios de su ciudad natal a la lectura escapista encaminada a proporcionar únicamente entretenimiento que se practicaba en la gran ciudad de París:

El francés lee mucho, pero sólo libros nuevos; o, más bien, los hojea, no para leerlos, sino para decir que los ha leído. El ginebrino sólo lee buenos libros; los lee y piensa al mismo tiempo, no los juzga, sino que los comprende <sup>14</sup>.

Esta clase de lectura fue también para los ilustrados alemanes que se inscriben en la tradición de los enciclopedistas un acto de liberación frente al sojuzgamiento espiritual

del feudalismo. Propició una nueva visión de grupo de la burguesía, una visión razonadora y mundana de una burguesía que se emancipó del doctrinario discurso religioso y jurídico de las estructuras feudales del antiguo régimen estatal. El burgués soslayaba así el peligro de la pérdida de sentido y ganaba una nueva identidad corporativa tanto social como cultural. Como es natural, esta lectura “comprensiva” era dominio de los hombres. Pues también ellos comenzaron a disfrutar, con el creciente bienestar económico, de más tiempo de ocio y no se limitaban a buscar información relativa a su profesión, sino también noticias políticas y lecturas entretenidas.

En este contexto, el papel desempeñado por la nobleza alemana fue bastante modesto. Su comportamiento frente a la lectura, del que tan poco se sabe hasta la fecha, sin duda debe contemplarse como un apartado diferenciado. Al igual que en Francia, donde la nobleza rural no empieza a adquirir libros hasta concluido el siglo, también aquí se oponían los “hidalgos de aldea”, cuyos castillos posiblemente albergaran un par de decenas de libros a lo sumo, a un pequeño círculo de personas cultas que practicaban el mecenazgo y que modernizaron su papel al igual que lo hiciera la burguesía culta. El número de nobles de la corte, y sobre todo los del campo, que reunieron valiosas colecciones en calidad de bibliófilos era muy reducido. No desempeñaron un papel relevante en esta “revolución de la lectura”.

Como ya he subrayado, el proceso de modernización del comportamiento lector no emana tanto de las residencias de los nobles y sus cortes como de las metrópolis protestantes dedicadas al comercio de Alemania central y del norte. Las regiones católicas del Imperio se sumaron a él con cierto retraso. Pues les faltaba la tradición de la lectura individual de la Biblia, que, como acto cuasirreligioso, aportó lo suyo a la lectura:

En los territorios católicos, los religiosos son los intermediarios necesarios entre la palabra divina y el creyente, y ningún libro tiene aquí una relevancia equiparable a la que tiene la Biblia entre los

<sup>14</sup>J.-J. Rousseau, *La Nouvelle Héloïse*, p. 695.

reformados, cuya presencia es obligada en cualquier biblioteca familiar sobre todo desde el pietismo<sup>15</sup>.

Sin duda, también entre los católicos proliferaron publicaciones masivas de índole popular como los calendarios y las hojas volantes, y no se prohibía expresamente a los legos ocuparse con la Biblia. Pero, al contrario de lo que ocurría entre los protestantes, que partían de la tesis de la primacía de las Escrituras frente a la tradición (*sola Scriptura*), la tradición oral transmitida por las autoridades eclesiásticas precede aquí a todo lo demás. Esto sólo era válido para las amplias capas de los creyentes, para el papel del libro redactado en la lengua popular. El clero y los monasterios en cambio constituían desde siempre un público literario *sui generis*. Como en Francia, en las residencias de los eclesiásticos se daba un ansia particular de lectura libertina, y aún mayor fue la importancia de las bibliotecas de los monasterios que hasta la secularización de comienzos del siglo XIX albergaron el rutilante fruto tardío del acervo cultural. Éste es otro de los focos de donde emana el proceso de modernización de la lectura. A partir de 1780 se multiplican en los territorios católicos las quejas sobre la afición a las novelas de los seminaristas. Al mismo tiempo, cada vez son menos frecuentes las burlas de los clérigos que no leen, sobre todo los párrocos rurales. Una nueva generación de clero lector vive sus primeras experiencias lectoras modernas en el seminario y el convento. El ilustrado *Observador bávaro* constata en 1782 un cambio generacional entre el clero bávaro: “los viejos fuman y toman rape, beben y leen... nada. Los jóvenes se modernizan, leen, forman su gusto y empiezan a pensar”.

No sólo los católicos cultos se apropiaron de este nuevo comportamiento lector a una velocidad sorprendente, aunque por cierto con dos o tres décadas de retraso con respecto a los protestantes, sino también el público en general, y ello de un modo radicalmente secularizado:

<sup>15</sup> R. Chartier, “Ist eine Geschichte des Lesens möglich?” en *Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik*, LVII-LVIII (1985), p. 258.

Nada se absorbe, publica, vende, lee y recomienda con tanta avidez como los textos en los que se abomina de la religión. Pasan por todas las manos. Se componen nuevos. Algunos se agotan en tres meses. [...] Las escuelas y la libertad de prensa ponen también al hombre común en situación de leer todo lo que producen con prolijidad tales perversores. Se sabe de escuelas públicas en las que son alabados por los profesores, y donde incluso se leen algunas partes. Hay muchachas que los llevan consigo a la iglesia. Los chicos de primaria los conocen. Ciertos clérigos, y quiera Dios que sólo sean los más bajos, aquellos que no merecen confianza alguna, los colocan en sus estantes<sup>16</sup>.

Así como entre los protestantes decreció el interés por la lectura de la Biblia, ante todo en las ciudades, el proceso de aculturación y desregionalización del afán lector se instaló también en las metrópolis de los católicos. Paradigma de ello es la Viena de José, inundada por un torrente de pasquines anticlericales. Los religiosos enemigos de la lectura echaron a su vez mano, desde sus púlpitos y en sus hojas parroquiales, de los viejos modelos barrocos de la crítica de la avidez lectora. Temían con toda razón que la lectura propiciase una secularización generalizada y un apartamiento de la vida cristiana.

#### *El lector “moderno” en torno a 1800 y sus prácticas de lectura. La manía lectora*

También este modelo de lectura propio de la doctrina ilustrada, que tenía en su punto de mira ante todo el componente de formación social, se transformó y diferenció a partir aproximadamente de 1770. Las pautas de recepción que dicta, todavía marcadamente autoritarias y académicas, fueron sustituidas, en un rápido proceso de modernización que acabó por desatar incluso las cadenas del racionalismo, por

<sup>16</sup> Josef Anton Weissenbach, *Vorstellungen über den Krieg, den man itzt gefährlichen Schriften anzukündigen hat; an alle so wohl geistliche, als weltliche Oberkeiten*, Joh. Nep. Syx, Augsburgo, 1793, pp. 7 y ss.

una lectura individual centrada en el factor emocional. Con ello comienza un estadio particularmente complejo, virulento y rico en consecuencias de la historia de la lectura que dura varias décadas: el de la lectura “sentimental”, es decir, “empática”. Este tipo de lectura se sitúa en un campo de fuerzas dominado por una parte por una pasión individual que aísla de la sociedad y del entorno, y por otra por una sed de comunicación por medio y a través de la lectura. Esa “poderosísima necesidad de establecer contacto con la vida que se esconde tras la página impresa”<sup>17</sup> condujo a una confianza completamente nueva e increíblemente intensa, incluso a una relación imaginaria de amistad entre el autor y el lector, entre el productor y el receptor de la literatura. El lector que, aunque aislado, había visto socavadas sus emociones trataba de curarse de su individualidad y de lo anónimo de su ser sabiéndose parte, mediante la lectura, de una comunidad dominada por un mismo talante. Tal lectura era sin duda —en el sentido de una revolución lectora “invertida”— mucho más “intensiva” que la que se encuentra antes, y desde luego no más “extensiva”.

Este proceso tan relevante en lo cultural está ligado de modos muy específicos en Inglaterra, Francia y Alemania a los nombres de Richardson, Rousseau, así como a los de Klopstock y Goethe. En los albores de esta nueva relación entre autor, texto y lector se encuentra Samuel Richardson (1689-1761). Sus novelas *Pamela or Virtue rewarded* (1740) y *Clarissa* (1747-1748) se recibieron con un fervor que jamás habían logrado suscitar otros representantes de este género. *Pamela* entusiasmó sobre todo al público femenino; y es que Richardson describe su universo de vivencias específico con una precisión desconocida —ya se trate de detalles domésticos o de una relación amorosa íntima—, y además lo hace en forma de cartas, es decir, por medio del instrumento de articulación de la subjetividad *par excellence*. Todo ello hizo de *Pamela* una obra “que se puede ensalzar desde el púlpito al tiempo que se ata-

<sup>17</sup> R. Darnton, “Rousseau und seine Leser”, en *Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik*, LVII-LVIII (1985), p. 137.

ca por pornográfica, una obra que alegró al público lector con el doble atractivo de un sermón y un *strip-tease*”<sup>18</sup>.

Dicha lectura tuvo importantes efectos también en Francia. Prueba de ello es el *Éloge de Richardson* (1761) de Diderot. Pero el fuego que instigó no se convirtió en incendio de grandes proporciones hasta la aparición de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Exigió ser leído “como si fuera un profeta de la verdad divina. [...] Lo que distinguía a la lectura rousseauiana de sus predecesores religiosos —ya se tratase de lectura calvinista, jansenista o pietista— era la exigencia de leer el género literario más sospechoso, la novela, como si de la Biblia se tratase. [...] Rousseau [...] quería entrar a través de la literatura en la vida, en la suya y en la de sus lectores”<sup>19</sup>. Y, a la inversa, sus lectores no se entregaban a su lectura “para disfrutar de la literatura, sino para superar la vida y en particular la vida familiar, a saber, aplicando estrictamente las ideas de Rousseau”<sup>20</sup>.

*La Nouvelle Héloïse* (1761), seguramente el mayor *best seller* del Antiguo Régimen, con al menos 70 ediciones antes de 1800, desencadenó efectos insospechables, incluidos ataques de nervios y crisis de llanto. Robert Darnton subraya que “nos resulta muy difícil hacernos idea de tal pasión lectora; nos es tan ajena como el miedo que sienten los balineses a los demonios”<sup>21</sup>, ¿o tal vez como el éxtasis que provocan las estrellas del *pop* en los adolescentes?

En Alemania, tal desarrollo prosiguió con un interludio muy significativo. Aquí el público lector, y sobre todo el femenino, necesitaba encontrar una ligazón entre la lectura puramente religiosa y la meramente mundana, y la encontró en 1749 en la epopeya bíblica de Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803) *El Mesías*. Dicha obra trata una materia edificante y con ello una materia apta para las mujeres, a saber, la vida

<sup>18</sup> I. Watt, *op. cit.*, p. 201.

<sup>19</sup> R. Darnton, *op. cit.*, pp. 127 y ss.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 134.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 144 y ss.

de Cristo, si bien de un modo subjetivo y cargado de afectos. Sus lectores la reciben “en el mismo instante en el que se disponían a emanciparse de la tradicional lectura edificante de escuela, y la dejan precisamente en el momento en el que culminan dicha emancipación y son capaces de manejar la poesía y la literatura con tanta naturalidad e independencia que les resulta difícil entender por qué el *Mesías* de Kloptsock significó tanto para ellos en su día”<sup>22</sup>. La misma justificación es válida para el éxito de las obras de C. F. Gellert. En su *Vida de la condesa sueca de G.* (1746), el final moralista y edificante estaba fuera de toda duda, lo que permitía absorber con tanta mayor fruición las fantasiosas ocurrencias que presenta.

Finalmente, en 1774, la aparición del *best seller* de J. W. Goethe *Las penas del joven Werther* —lectura predilecta del joven Napoleón— supone un vuelco decisivo. Ciertamente que su autor, al contrario que Rousseau, no concede la menor importancia a esa supuesta afinidad de las almas del escritor y el lector. Sin embargo, una parte de su público, en su mayoría juvenil, recibe la trágica historia de amor —en la que esa “moral terrenal” burguesa más que fomentarse se desenmascaraba— no como un producto artístico, al que sólo concebían bajo la luz de esa tradición de la hermenéutica del texto “útil” y edificante, sino más bien como invitación a la imitación. Y, de hecho, el efecto más devastador de esta errónea recepción fue una oleada de suicidios entre los lectores del *Werther*. Pero la mayor parte de los lectores se conformaba con una identificación que se plasmaba en signos externos, elevando la vestimenta del héroe (frac azul y pantalones amarillos) a la categoría de emblema de la juventud rebelde, y adquiriendo objetos de culto como la célebre taza de Werther. Sólo un número reducido conseguía llevar a cabo el proceso de objetivación estética y distinguir entre un mundo ficticio y la realidad cotidiana.

El ejemplo de *Werther* puso de relieve la particularidad de ese nuevo público que probaba nuevas formas de trato con

<sup>22</sup> R. Engelsing, “Die Perioden der Lesergeschichte in der Neuzeit”, en *Archiv für Geschichte des Buchwesens*, X (1970), p. 143.

los textos literarios, nuevos modos de lectura y nuevos rituales. Tanto la lectura en grupo como la solitaria adquirieron funciones nuevas, y el público más aficionado a la literatura, es decir, las mujeres, preferían la lectura en común, que favorecía una comunicación inmediata en torno a la lectura. En lugar de la lectura autoritaria declamada, “frontal”, del padre de familia, el clérigo o el maestro, irrumpe ahora una forma de reunión legitimada y formalizada mediante la lectura, cuyo significado radica en la “experimentación de un juego de papeles empático”<sup>23</sup>, es decir, en una vivencia común, controlada y disciplinada, de los textos literarios. Valga citar como ejemplo de ello la descripción de la vida cotidiana de ciertas gentes, la que le hace Luise Mejer en 1784 a su amigo Heinrich Christian Boie en una carta. Aquella estaba empleada como dama de compañía en la ciudad de Tremsbüttel, en Holstein, al servicio de la condesa de Stolberg, cuyos esposo y cuñado habían hecho sus pinitos como poetas:

A las diez desayunamos. A continuación, Stolberg lee un capítulo de la Biblia y un canto del volumen de Klopstock. Cada cual se retira entonces a su habitación. Yo me ocupo del *Spectator* y del *Fisionomía* y de otros libros que me ha prestado la condesa. Ella acude entonces a mi alcoba, mientras Lotte traduce, y durante una hora le leo el *Poncio Pilato* de Lavater. Mientras ella recibe su clase de latín, yo copio algo para ella o leo hasta que ponen la mesa. Después de la comida y el café, Fritz nos lee partes de las *Vidas*, luego baja a verme Lotte y le leo a Milton durante una hora. Luego volvemos a subir y yo les leo al conde y a la condesa del Plutarco, hasta que, hacia las nueve, tomamos el té. Después del té, Stolberg lee un capítulo de la Biblia y un canto de Klopstock, y nos vamos a dormir<sup>24</sup>.

<sup>23</sup> E. Schön, *Der Verlust der Sinnlichkeit oder Die Verwandlungen des Lesens: Mentalitätswandel um 1800*, Stuttgart, 1987, p. 327.

<sup>24</sup> L. Mejer, “Brief an H. C. Boie vom 1.1.1784”, citado según Ilse Schreiber (ed.), *Ich war wohl klug, dass ich dich fand. H.C.Boies Briefwechsel mit Luise Mejer, 1777-1785*, München, 1961, p. 275.

Luise Mejer juzga estos excesos de lectura tanto intensivas como extensivas en los siguientes términos: “Aquí se ceba a las personas con lectura, como se ceba a los gansos”.

Frente a la lectura comunicativa, compartida, también la lectura individual adquirió nuevas cualidades y pasó a caracterizarse por una recepción callada y pacífica. De este modo se ponía en segundo plano al cuerpo como instrumento de la vivencia del texto y se disciplinaba la lectura “indiscriminada”. La paz y la relajación pasan a considerarse virtudes lectoras del burgués, premisas incluso de la recepción estética. Al no entregarse ya el lector al texto, era capaz de dominar sus emociones, lo que le permitía acceder a él de un modo controlado<sup>25</sup>. Esta ansiada inmovilidad ante el escritorio creó dificultades a no pocos hombres, que siguieron prefiriendo posturas más sueltas. Dicha pedagogía de la lectura de finales del siglo XVIII no veía ya la lectura declamatoria que implicaba el movimiento del cuerpo más que bajo su aspecto dietético; pasaba a ocupar “el lugar de un paseo. El esfuerzo que entraña acelera la circulación de la sangre, impide que se acumulen los jugos y ahuyenta enfermedades y disgustos. En tiempo lluvioso o revuelto, o en caso de enfermedad, deberemos refugiarnos, por tanto, en la lectura en voz alta para sustituir con ella los placeres y el bienestar que procura un paseo al aire libre”<sup>26</sup>.

Y es verdad que esa lectura callada, en la que se hacía necesario interiorizar toda emoción, era capaz también de agudizar la huida hacia el reino de la fantasía.

Otra modalidad, que intensificaba los efectos de la lectura en la soledad de la alcoba, era la lectura “sentimental” en la naturaleza, a campo abierto, que, en su calidad de ostentosa renuncia a la sociedad, llegó a constituir durante cierto tiempo una actividad predilecta de la burguesía que gozaba de formación académica. Reflejaba precisamente su pre-

<sup>25</sup> Vid. E. Schön, *Der Verlust der Sinnlichkeit*, op. cit., p. 326.

<sup>26</sup> J. A. Bergk, *Die Kunst, Bücher zu lesen. Nebst Bemerkungen über Schriften und Schriftsteller*, Jena, 1799, p. 69.

cario papel, a caballo entre la sublevación contra las normas sociales tardofeudales y sus estamentos y la humillante conciencia de su escaso prestigio social aún por afianzar. Esa huida patente de la sociedad, de las exigencias de la corte, de la ciudad y de los deberes cotidianos, esa búsqueda de un refugio en la soledad sentimental con un *vademecum* literario, agudizaba la experiencia de la lectura entremezclando lo idílico del entorno con los destinos imaginados. Con ello no pocas veces se gozaba de los “lugares más hermosos” durante tan amena lectura.

Sin embargo, el lugar por excelencia de la lectura siguió siendo la esfera doméstica privada, la vivienda burguesa. La nueva técnica cultural se integró en la vida cotidiana. Hasta la fecha, sólo los eruditos perdían su salud en las horas oscuras inclinados sobre sus páginas; ahora, tanto la tarde como la noche podían emplearse como tiempo de ocio aprovechable para el disfrute de la lectura. La concepción del tiempo de la burguesía sufrió un cambio: con la división y “compartimentación” del tiempo y de la vida cotidiana aprendieron también a pasar sin esfuerzo de los mundos fantásticos de la lectura a la realidad, con lo que también se redujo el peligro que entrañaba el contacto entre las diversas esferas de la vida<sup>27</sup>.

Los fabricantes de objetos de lujo ofrecieron por primera vez “muebles para la lectura” que hacían más confortables las largas horas dedicadas a una lectura emocionante: *chaise-longues* con atril incorporado, muebles transformables para la dama de alcurnia que hacían las veces de tocador, mesa para comer, escritorio y mesa de lectura, cómodas “sillas inglesas para leer o dormir” y otros muebles similares<sup>28</sup>. El mobiliario de lectura se completó en el caso de las mujeres con la cómoda *liseuse*, una especie de vestido-chaqueta caliente y ligero para sus viajes al reino de la fantasía. Lo que para las galantes damas del Rococó supuso el retiro en el *boudoir* lo ofrece ahora el

<sup>27</sup> Vid. E. Schön, *Der Verlust der Sinnlichkeit*, op. cit., p. 328.

<sup>28</sup> Vid. también Eva Maria Hanebutt-Benz (ed.): *Die Kunst des Lesens. Lesemöbel und Leseverhalten vom Mittelalter bis zur Gegenwart*, Catálogo de la exposición, Francfort del Main, 1985, pp. 109 y ss.

*closet* a la lectora burguesa, y no sólo a la inglesa, que se refugiaba en él para fomentar su independencia. Combinaba el retiro social con la liberación de los sentimientos, y “no se empleaba para ocultar a los amantes, sino para excluirlos”<sup>29</sup>. Allí tampoco se guardaban objetos galantes, sino material de lectura y escritorio, además de útiles para la correspondencia. El público lector femenino gustaba también de la lectura en la cama, a juzgar por las descripciones de la época (a menudo no exentas de insinuaciones de tipo erótico).

Únicamente a una parte muy reducida del público lector le fue dado alcanzar, a finales del siglo XVIII, el grado más alto, más “maduro”, de la cultura lectora literaria, a saber, “llevar a cabo ese paso al mundo de la ficción tan sólo en su fantasía”<sup>30</sup> e integrar la lectura en su realidad cotidiana. Practicaban una lectura hermenéutica en calidad de ejercicio artístico autónomo, no ya para confirmar verdades ya conocidas en el marco del horizonte de sus expectativas, sino para llegar a conocer nuevas verdades, aún ignotas. Estos lectores juiciosos de la literatura clásica nacional eran (y siguen siendo) pocos en número. Por ello, Friedrich Schiller llega a negar la posibilidad de dar con un “poeta del pueblo”: “Hoy en día es evidente que entre la *selección* de una nación y su *masa* existe una distancia considerable”.

Jean Paul habla de un abismo similar al describir al público en torno al 1800:

En Alemania hay tres públicos o *publica*: 1) el amplio, casi iletrado e inculto de las bibliotecas; 2) el erudito, formado por cate-dráticos, pasantes, estudiantes y críticos; 3) el culto, que se nutre de hombres de mundo y mujeres educadas, de artistas e individuos de las clases más altas, que al menos tienen gusto y maneras. (Sin duda, a veces los tres grupos se comunican)<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> I. Watt, *Der bürgerliche Roman*, op. cit., p. 219.

<sup>30</sup> E. Schön, op. cit., p. 167.

<sup>31</sup> Jean Paul, “Briefe und bevorstehender Lebenslauf. Konjunktural-Biographie, sechste poetische Epistel”, citado según Jean Paul, *Werke*, ed. por Norbert Miller, vol. 4, Hanser, München, 1962, p. 1070.

Pero el grueso del público permaneció anclado en una variante casi pubertaria de la lectura sentimental, y en una “manía lectora” escapista y “narcotizante” (según el filósofo J. G. Fichte). Ésta se encontraba en el centro de los debates de los coetáneos.

A partir aproximadamente de 1780, esta nueva epidemia se propaga, de nuevo partiendo de Alemania central y del norte, sobre todo entre el público femenino y juvenil. El debate sostenido en periódicos y revistas, en sermones y panfletos la diagnostica a finales del siglo incluso “entre clases populares que por lo demás leen poco o nada, y que siguen sin leer para informarse o para educarse, sino únicamente para entretenerse” (así el ilustrado bávaro L. Westenrieder).

Esta manía lectora no sólo repugnaba a las autoridades eclesiásticas y estatales, sino que incluso los defensores más avanzados de la Ilustración la consideraron como un estorbo sustancial de la ansiada emancipación, que debía efectuarse bajo el signo de la disciplina y la racionalidad. En tanto que factor pernicioso en lo social, conducía a vicios que contravenían la ética del trabajo burgués-protestante y que se adscribían al ámbito noble-cortesano: ocio, lujo, aburrimiento. Sin embargo, en un primer estadio aún predominaron los argumentos dietéticos y de higiene social. Mientras que en la obra *De la salud de los eruditos* (1768) de Tissot sólo se advierte de las enfermedades que pueden afectar a los eruditos y lectores empedernidos, en los tratados de los pedagogos de finales del siglo XVIII el debate sobre el onanismo y la “automancillación” va de la mano con el debate en torno a la lectura. Pues ambos se contaban entre los perniciosos “vicios secretos de la juventud”:

La postura forzada y la ausencia de movimiento físico durante la lectura, combinadas con esa sucesión tan violenta de ideas y sentimientos [...] crea pereza, conglutinación, hinchazón y obstrucción de las vísceras, en una palabra, hipocondría, que, como se sabe, afecta en ambos sexos a los órganos sexuales y conduce a estancamientos y corrupción de la sangre, aspereza y tensiones en el sis-

tema nervioso, y, en general, a la consunción y reblandecimiento de todo el cuerpo<sup>32</sup>.

Los tratados de incitación a la lectura de la Ilustración tardía condenan este tipo de lectura socialmente inútil destinada a proporcionar tan sólo entretenimiento: “Leer un libro sólo para matar el tiempo es traicionar del modo más vil a la humanidad, pues se humilla un medio hecho para alcanzar cotas más altas”<sup>33</sup>. En lugar de constituir “un instrumento de educación para la independencia” en el sentido de la famosa definición que hace Immanuel Kant de la Ilustración, en muchos casos servía “¡únicamente para pasar el rato y para mantenerlos en un estado de inmadurez permanente!”<sup>34</sup>.

#### *Mercado del libro y gustos de los lectores*

Las alteraciones sustanciales de la técnica cultural que es la lectura tuvieron, naturalmente, efectos inmediatos sobre el mercado del libro, que modernizó tanto sus modos de distribución como su objeto. Desde la segunda mitad del siglo XVIII, el libro se concibió consecuentemente como una mercancía cultural, y el mercado se orientó según principios capitalistas con el paso de la economía del trueque, dominante hasta la fecha, a la circulación monetaria. La tendencia, impulsada desde Leipzig y los libreros sajones y del norte de Alemania, hacia una producción estrictamente determinada por las ventas propició un nuevo mercado centrado en la demanda y también nuevas formas de publicidad. El número de libreros aumentó perceptiblemente incluso en provincias, y una nueva generación de editores cultivó la Ilustración como negocio. Por ello, los periodistas conservadores los denunciaron como principales impulsores de la revolución lectora.

<sup>32</sup> Karl G. Bauer, *Über die Mittel, dem Geschlechtstrieb eine unschädliche Richtung zu geben*, Leipzig, 1791, p. 190.

<sup>33</sup> J. A. Bergk, *op. cit.*, p. 59.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 407.

Al mismo tiempo, se profesionalizó el papel del autor, y en Alemania surgió la figura del “escritor libre”, que por una parte reclamaba la autonomía de su capacidad creadora y por otra debía someterse a las leyes del incipiente y anónimo intercambio comercial. Esta necesidad de prostituirse en el mercado ante un público anónimo llevó tanto al autor como al lector a un contacto intensivo con su interlocutor, a una comunidad espiritual fomentada por el libro.

El mercado del libro se las tenía que ver ahora con un público cada vez más extenso, heterogéneo y anónimo, con gustos y necesidades cada vez más diferenciados, y que se interesaba tanto por los libros especializados que debían ayudarle a encumbrarse profesionalmente como por la información política, las sangrientas novelas de intriga, y los que pudieran fortalecer su espíritu. A estos intereses particulares que podían llegar a solaparse se correspondía, sin embargo, también una homogeneización del gusto lector más allá de los límites marcados por los antiguos estamentos. Tanto la aristócrata como su criada leían la misma conmovedora historia familiar, el juez del tribunal imperial y el aprendiz de sastre la misma novela de intriga: todos ellos eran capaces de abrirse camino leyendo, hasta conformar el público de la literatura nacional canonizada. Ciertamente el lector anónimo vivía a expensas de la oferta del mercado, pero también imponía exigencias colectivas a ese mercado que, al valerse del fracaso comercial, no podían ser ignoradas.

Los virulentos cambios que afectaron al mercado y al gusto del lector se reflejaban (a pesar de la impotencia del Estado) en los catálogos de la Feria de Leipzig, que representó al comercio librero transregional durante todo el siglo. La extensísima ampliación del volumen de producción detectada a partir de 1760 prueba con qué celeridad crecía el público ávido de lectura: los catálogos de la feria registraron en el año 1765 1.384 títulos, en 1775 1.892, en 1785 2.713, en 1790 3.222, en 1795 3.257 y en 1800 3.906. La producción total anual real sin duda ascendía al doble en torno al año 1800. A la proliferación cuantitativa de las novedades le acompañó un rápido retroceso de la lengua culta dominante durante siglos, el

latín. En las ferias de libros su presencia se redujo de un 27,7% en el año 1740 a un 3,97% en 1800. La misma evolución afectó a la primacía de las diversas especialidades: la aplastante preponderancia de los asuntos teológicos y religiosos cedió rápidamente, lo que evidenciaba tanto la secularización del público erudito como la renuncia del público protestante a seguir fomentando la literatura de tema edificante. Al mismo tiempo aumentó el porcentaje de libros referidos a las especialidades de mayor actualidad, como la geografía, las ciencias naturales, la política, la pedagogía, y, en particular las “bellas letras”. La literatura, que en 1740 representaba tan sólo el 6% de la oferta librera en las ferias, se incrementó en 1770 hasta alcanzar un 16,5%, e incluso, en 1800, el 21,45%, pasando así a ocupar el primer puesto. Este aumento se debió en gran medida a la novela, cuya participación en la oferta librera pasó del 2,6% en el año 1740 al 11,7% en 1800, lo que equivale a más que una cuadruplicación.

No sólo creció el número de títulos, sino también el de los ejemplares. Ciertamente que la tirada media no aumentó en igual medida debido a la reimpresión y al mayor uso de las librerías de préstamo. Tras el trauma de la Revolución Francesa, fueron los periódicos los que se vieron en situación de lanzar tiradas mucho mayores que las de los libros: el famoso *Correspondant de Hamburgo* alcanzó en 1798 los 25.000 ejemplares, y en 1801 los 51.000; si se acepta que cada ejemplar era leído por una media de diez individuos, ello supondría la existencia de medio millón de lectores. Mucho menores eran en cambio las tiradas de las revistas literarias más exigentes (como, por ejemplo, el *Teutsche Merkur* de Wieland, con 1.500 ejemplares).

Una de las rémoras del rápido incremento del público lector en el último tercio del siglo XVIII resultó ser el precio de los libros, en particular en el caso de las obras literarias. En ese periodo se multiplicó por ocho, e incluso por nueve, debido a los nuevos usos libreros (comercio basado en las ventas y fondos limitados), pero también a una demanda en continuo crecimiento. En Alemania (como en Inglaterra) una familia podía alimentarse una o dos semanas por el precio de una

novela. Por ello, incluso entre los representantes de la clase media burguesa, la mayor parte del público reciente se dirigió a las bibliotecas de préstamo o a las sociedades literarias para satisfacer sus necesidades, o bien adquiriría las reimpresiones que se componían en el sur del Imperio y que resultaban considerablemente más baratas de las ediciones originales del centro y el norte de Alemania. La reimpresión desempeñó así un papel capital, sobre todo en la Alemania católica, en la ampliación del público lector y la difusión de un nuevo gusto entre los lectores.

Naturalmente, también el libro como objeto sufrió una serie de cambios. Para fomentar una lectura rápida y extensiva, ciertos editores progresistas trataron en vano de imponer la elegante letra romana en lugar de la gótica, esas “feas runas”, “esa alambicada y picuda letra de monje” (en palabras de J. J. Bertuch). Esta modernización fracasó en gran medida. El público aficionado a la literatura exigía una composición elegante y agradable de los textos: debían estar provistos de un sinnúmero de grabados y viñetas, adornos y signos de clausura. A la novela de intriga le correspondía una ilustración esmerada, a poder ser de Daniel Chodowiecki, el incomparable retratista de la vida burguesa. El rechazo de los gruesos volúmenes iba en aumento: “Los libros forman a los eruditos - los folletos forman hombres” rezaba el nuevo lema.

Con el inicio de la cultura lectora burguesa de la era de la Ilustración se impuso el práctico tomo en octavo; en el transcurso de las décadas, los libros fueron afinándose: el octavo menor, el tomo en dozavo, e incluso el frágil volumen en dieciseisavo pasaron a ser los formatos predilectos del público literario. Sobre todo en los almanaques, el aspecto delicado debía corresponderse con su contenido. El poemario de bolsillo se erigió en instrumento de una cultura social literaria que, rigiéndose por el modelo francés, produjo a partir de 1770 más de dos mil volúmenes de este tipo, de aspecto agradable, e incluso en ocasiones lujoso, junto a los libros de bolsillo de asunto literario, y también popular o especializado, político y satírico. Jean Paul, uno de los poetas predilectos de finales del siglo XVIII, glosa este cambio en los siguientes términos:

¡Santo cielo!, cuando uno recuerda, sosteniendo uno de esos libritos de bolsillo, los viejos y pesadísimos infolios sujetos entre maderas, tapas de cuero o latón, o pinzas, o esas sillas de nuestros abuelos, de cuero, y provistas de tachuelas también de latón, sede de la culta vida sedentaria... verdaderamente, no podemos quejarnos. El cuero de cerdo ha sido sustituido por el tafetán, las tachuelas por bordes dorados, las pinzas y cerraduras por forros de seda, y la cadena con que se solía atar a esos gigantes en las bibliotecas se ha convertido en un cordoncito de seda para liberarlo <sup>35</sup>.

El primer puesto en la predilección del público —y el principal blanco de los ataques de los denostadores de la manía lectora— lo ocupaba no la literatura encaminada a formar e informar, dedicada a los “asuntos prácticos”, las descripciones de viajes y las obras sobre ciencias naturales, sino los géneros nuevos, “extensivos”, los *periodica* y las novelas. Sobre todo estas últimas propiciaban, como bien sabían sus detractores, una “modalidad de lectura rápida, casi inconsciente, que exigía poca concentración” <sup>36</sup>. Puede parecer paradójico “que la identificación más poderosa del lector con los sentimientos de personajes ficticios que jamás se haya producido en la literatura se lleve a cabo gracias al aprovechamiento de los rasgos característicos de la impresión tipográfica, del instrumento de comunicación más impersonal, objetivo y público de todos” <sup>37</sup>. La polémica contra la lectura de novelas cuenta, como es sabido, con una larga tradición que se remonta hasta el *Ama-dís de Gaula*. Pero siempre se refirió al erróneo comportamiento individual de una minoría privilegiada. A finales del siglo XVIII en cambio, con la multiplicación de la producción y recepción novelística, esta avidez de novelas alcanzó dimensiones

<sup>35</sup> Jean Paul, “Kleine Nachschule zur ästhetischen Vorschule. I. Misericordias-Vorlesung”, citado según Jean Paul, *Werke*, ed. por Norbert Miller, vol. 5, Hanser, Múnich, 1963, p. 495.

<sup>36</sup> I. Watt, *op. cit.*, p. 54.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 240 y ss.

que afectaban a la esfera política y social. Tan sólo en Alemania, la Feria de Otoño de 1803 sacó el número nada desdeñable de 276 novelas nuevas al mercado, una cifra que desde luego no se alcanzaba ni en Francia ni en Inglaterra. Este torrente de novelas abarcaba todos los gustos. En 1805, el periódico *Allgemeine Literatur-Zeitung* hacía balance de las principales tendencias de la producción novelística alemana desde 1776, año de la aparición del *Siegwart* de Johann Martin Miller. Citaba el periodo sentimental, cómico, psicológico, pasional, caballeresco, visionario, espiritual, mágico, el periodo de las órdenes secretas y el de las intrigas de corte, el de los temas domésticos, de los muestrarios de cartas, los ladrones y los vagabundos. Una parte considerable (cerca de un 40%) de estas novedades consistía en traducciones, principalmente del inglés. Toda una generación parecía haberse contagiado de esta manía novelística, precisamente la generación que debía retomar el combate en pro de la emancipación burguesa, y que, en lugar de ello, malgastaba su tiempo con esa lectura narcotizante. La crítica moral adquirió con ello un componente esencialmente político. Ciertos autores progresistas reprochaban que este tipo de lectura destruyese en la juventud estudiosa y en los hombres la autonomía de la razón y la voluntad de emancipación, hombres que, “sin el menor disgusto, asisten al asesinato de la libertad de prensa y de pensamiento”. Al acalorar y liberar la lectura la imaginación, liberaría al lector de las percepciones concretas de los sentidos y de su mundo de vivencias exponiéndolo al peligro de la desilusión absoluta, e incluso del nihilismo. A las mujeres ávidas de novelas se les reprochaba que precisamente en el momento en que la familia burguesa asignaba a su sexo una nueva serie de importantes tareas se refugiaba en un placer pasivo y sentimental. También por parte de los agentes más conservadores se alzaba de modos muy diversos la protesta de que tales novelas excitaban la fantasía, pervertían la moral y distraían del trabajo. Immanuel Kant afirmó secamente:

La lectura de novelas tiene por efecto, además de otros trastornos del ánimo, el convertir la distracción en hábito.

Además de la novela, la lectura predilecta del nuevo público era la prensa de aparición periódica. Ya a finales del siglo XVII se elevan quejas sobre la “inoportuna manía por los periódicos”, pero también ésta adquiere ahora una nueva dimensión. El afán por conocer las novedades del día, la información periodística y los acontecimientos políticos, eclesiásticos, literarios y económicos se propagó más allá de las clases burguesas. Ello también es válido para las hojas volantes en la medida en que por fin se derribaron los diques de la censura. Cuando el emperador de la reforma, José II, introdujo la libertad de prensa en Austria, se produjo un auténtico “deshielo”, cuya consecuencia fue que en los años 1781 y 1782 aparecieran al menos 1.200 folletos, panfletos y pasquines. A finales del siglo, la incontestada preponderancia de lo político aunaba a todas las capas lectoras según su adscripción: las clases bajas se hacían leer las noticias sensacionalistas en los mercados o las tabernas, las capas más altas las engullían en las grandes ciudades en los puestos de avisos o discutían sobre ellas con toda formalidad en las sociedades literarias. Es evidente que la tan denostada manía novelesca no llegó a narcotizar a toda una generación, sino que alcanzó un nuevo estadio, como reconoce en 1792 el eclesiástico masón K. A. Ratzky:

Ahora ha llegado verdaderamente el momento en el que una nueva moda lectora generalizada y mucho más poderosa que las precedentes se ha propagado, no sólo por Alemania, sino por toda Europa, atrayendo a todas las clases y estamentos, y provocando el retroceso de otros tipos de lectura; se trata de la lectura de periódicos y de hojas volantes de asunto político. Es sin duda la lectura de moda más generalizada que ha habido nunca; [...] desde el regente y el ministro hasta el suministrador de leña o el campesino en la taberna de su pueblo, desde la dama en su tocador hasta la fregona en la cocina, todos leen ahora periódicos. [...] Calculan cuánto queda para que llegue el correo, y asedian la casa de postas para asistir a la apertura de la saca. [...] Una dama de buen tono debe leer al menos los últimos ejemplares del *Moniteur*, el *Journal de Paris* o la *Gazette de*

*Leide* antes de asistir a su té, a fin de poder intercambiar su parecer con la sociedad de caballeros, a quienes este espíritu común reúne con tanta mayor fruición en torno a la mesa de té, y que se informarán de las novedades leyendo el *Chronique du mois*, el *London Chronicle*, el *Morning Post* o cualquiera de los dos periódicos de Hamburgo, Francfort o Bayreuth; entretanto, el herrero junto a su yunque y el zapatero en su escabel dejan reposar sus martillos y leznas para leer el *Strassburger Kriegsbothe*, la *Brünnerbauern Zeitung* o el *Staatscourrier*, o se lo hacen leer en voz alta a su mujer<sup>38</sup>.

Por tanto, tampoco en Alemania la revolución lectora literaria impidió el despertar de la conciencia política del público; antes bien, fomentó tendencias antif feudales y anticlericales, y, en general, antiautoritarias, que con tanta frecuencia aparecían en la literatura amena de moda como en las publicaciones periódicas de tema político. Aún no se ha estudiado el papel que llegó a desempeñar en Alemania la lectura clandestina. En Francia, sin embargo, como ha demostrado Robert Darnton valiéndose de las numerosas fuentes reunidas por la *Société typographique* de Neuchâtel, los libros obscenos e impíos eran materia predilecta incluso entre las clases medias de funcionarios.

#### *Instituciones relacionadas con la lectura: bibliotecas de préstamo y sociedades literarias*

El nuevo comportamiento lector encontró también nuevos modos de organización. Al mercado altamente organizado se enfrenta, junto a la masa sin rostro de los compradores anónimos, el lector institucionalizado. Esta organización, característica de la burguesía en proceso de emancipación del siglo XVIII, se efectúa por dos vías paralelas: por medio de las *bibliotecas de préstamo* comerciales y de las *sociedades literarias* sin ánimo de lucro. En Alemania —como en Inglaterra y en Fran-

<sup>38</sup> “Über Mode-Epoken in der Teutschen Lektüre”, en *Journal des Luxus und der Moden*, noviembre 1792, pp. 549-558.

cia— ambas eran conjuntamente las detentoras de la revolución lectora<sup>39</sup>. Las bibliotecas públicas, es decir, las monacales, municipales, y las de la corte, así como la mayoría de las bibliotecas universitarias (con la excepción de la de Gotinga) desempeñaron en cambio un papel casi nulo en la satisfacción de la nueva sed lectora, e incluso la contrarrestaron. La Ordenanza ducal de bibliotecas de la ciudad turingia de Gotha especificaba:

El que quiera ver más de cerca un libro deberá solicitarlo al bibliotecario, que se lo mostrará y, llegado el caso, le permitirá leerlo.

Con la excepción de ciertos precursores, la edad de oro de las bibliotecas de préstamo europeas se inicia después de 1750. En Inglaterra, su número se multiplicó hasta 1801 hasta *not less than one thousand*, según el *Monthly Magazine*. En 1761, el librero Quillan inaugura en la parisina rue Christine la primera biblioteca de préstamo francesa; los *loveurs de livres* se incrementan con gran celeridad a lo largo de los años 70 y 80. En el ámbito lingüístico alemán se atestiguan, tras algunos precursores en Berlín, algunas fundaciones en Francfort del Main y en Karlsruhe en los años 50, y como muy tarde en los 80 y 90 en la mayoría de las ciudades y mercados menores puede encontrarse al menos una biblioteca de préstamo. Leipzig poseía nueve en torno al 1800, Bremen diez y Francfort del Main incluso dieciocho. Pero también en ciudades tan pequeñas como la prusiana Oraniensburg, el administrador de correos llegaba a prestar más de 12.000 volúmenes y alquilaba cerca de 100 periódicos. Las bibliotecas de préstamo constituían el correlato ideal del consumo lector extensivo que tan rápidamente se propagó entre las clases medias. Aquel a quien se le impidiera el ingreso en una sociedad literaria por razones sociales, financieras o locales podía satisfacer allí su sed de literatura de todo tipo incluso si su poder adquisitivo era escaso y mermada su motivación de compra. Ello afecta-

ba en particular a los segmentos, numéricamente importantes, a los que se vedaba por principio la entrada en sociedades literarias, a pesar de ser ellos a quienes la “manía lectora” afectara con mayor virulencia: estudiantes y aprendices de artesanos, muchachas y mujeres, grupos sociales marginales que procedían del mundo académico como preceptores y gaceteros, militares que no pertenecían a la nobleza y secretarios.

Las mismas voces que se alzaban contra la perniciosa manía lectora se ocuparon también de las bibliotecas de préstamo como principales semilleros de tal vicio. Los tachaban de “expendedores de veneno moral y burdeles” que servían su “arsénico del espíritu” a jóvenes y viejos, ricos y pobres. Esas bibliotecas de préstamo, que poseían fondos mayoritariamente compuestos por literatura amena, que incluía, junto a las historias de caballeros, bandoleros y fantasmas, las novelas sentimentales y sensibleras y sagas familiares, se tachaban a menudo despectivamente de “establecimientos infectos”. Con frecuencia poseían fondos anticuados y el número de volúmenes podía oscilar entre un par de decenas de títulos o más de mil. Estas bibliotecas primeras dedicadas fundamentalmente a la lectura amena y de consumo solían tener por administradores a anticuarios, encuadernadores o personas completamente ajenas al sector, pero también hubo casos en que librerías honestas de ciudades pequeñas se vieron en la necesidad de dirigir su oferta en este sentido. En 1809, nueve de cada diez bibliotecas de préstamo de los mercados de Württemberg eran empresas de este tipo, y sus fondos oscilaban entre los cien y los seiscientos volúmenes. También es cierto que en poblaciones más grandes el gusto lector se situaba en un nivel más elevado.

Pero a este tipo tan denostado de biblioteca se le opone en la época más temprana de la institución otra que seguía el modelo de las sociedades literarias, con las que competía y de las que, en ocasiones, emanaba. Los fondos de tales “gabinetes de lectura” o “museos” delatan un nivel de exigencia casi enciclopédico. Toda la amplitud del mercado del libro contemporáneo se representaba allí, desde las publicaciones científicas especializadas hasta las obras de los poetas, pero tam-

<sup>39</sup> Vid. A. Martino, *op. cit.*, p. 57.

bién obras en lenguas extranjeras. Además, un círculo de lectura de periódicos adscrito a la biblioteca solía ofrecer publicaciones periódicas nacionales y extranjeras. Las pocas y a menudo insuficientes bibliotecas públicas, y las universitarias, permitían la existencia e incluso el éxito de tales establecimientos, que, junto a su motivación económica, dieron muestras de un talante tardoilustrado. En las grandes ciudades del comercio y de la cultura, como Viena, Francfort o Dresde, estos lugares ofrecían un gran surtido y salas de lectura provistas de numerosas obras de consulta, otras donde se exhibían las novedades, y también objetos de arte o artículos artesanales, gabinetes de música y salones donde se expendían refrigerios.

A pesar de la existencia de estas instituciones “nobles”, las voces que reclamaban la supervisión de esos “expendedores de veneno” político y moral eran cada vez más audibles, sobre todo tras la Revolución Francesa. En torno al 1800, en todos los estados alemanes se había impuesto, bien la prohibición total de todas las bibliotecas de préstamo (como en Austria entre 1799 y 1811), o al menos una serie de reglamentos para su control (en Prusia, el Edicto de Wölln de 1788, y en Baviera, el emitido en 1803).

Desde comienzos del siglo XIX, las bibliotecas de préstamo aventajaron en todas partes a las sociedades literarias; esta evolución atestigua un proceso de individualización y anonimidad de la recepción literaria. El debate en grupo orientado hacia los aspectos literarios en el seno de un círculo de amigos o familiares fue sustituido por la lectura solitaria y un consumo individualizado de libros, en parte escapista y en parte encaminado a propiciar el ascenso social, que requería intermediarios comerciales.

Al contrario que las bibliotecas de préstamo, las sociedades literarias constituían organizaciones autogestionadas que ponían a disposición de sus miembros material de lectura a bajo precio y sin ánimo de lucro. Una burguesía tardoilustrada, que con su crítica de la manía lectora reprochaba la lectura solitaria y ajena a la sociedad por ociosa y socialmente perniciosa, encontraba en ellas el lugar propicio para la eman-

ción, pero también para la mutua vigilancia y control: aquí se efectuaba una lectura supervisada y basada en normas comunes, y una elaboración común de la lectura. Sin duda alguna, las sociedades literarias eran punto de encuentro de dos logros capitales de la emancipación burguesa: por una parte la lectura extensiva, cuya avidez de material de lectura sobrepasaba las posibilidades económicas de la mayor parte de los individuos, y, por otra, la necesidad de organizar socialmente de un modo relativamente autónomo a ese nuevo público formado por sujetos interesados en la razón y el debate.

La evolución histórica de las sociedades literarias comienza con el abono conjunto de ciertos grupos de personas a periódicos en el siglo XVII, y más tarde también a revistas. Estos círculos de lectores, que servían para satisfacer la sed de información política, se mantuvieron a menudo hasta bien entrado el siglo XIX sin necesidad de mayores formalismos en lo institucional. Cada participante permanecía en su propia esfera privada, sin que se exigiera que estableciera una comunicación reglamentada sobre lo leído. En la década de los setenta del siglo XVIII comenzaron a imponerse ciertas formas organizativas más estrictas: surgieron las “bibliotecas de lectura”, donde se guardaba el material de lectura en salas particulares, dispuesto para su uso: junto a las publicaciones periódicas, también libros, cuyo número iba en aumento. Para adquirirlos o tomarlos prestados, para su gestión económica y administración hacían falta directrices, era preciso crear una junta de administración y ciertas estructuras asociativas. El lugar donde se almacenaban los libros no tardó en convertirse en sala de reunión donde se discutía sobre lo leído y se formaban opiniones. La necesidad, evidentemente ya muy amplia, de contar con tales lugares propagadores de material de lectura condujo a la proliferación de fundaciones, sobre todo en las ciudades comerciales de la Alemania protestante. Antes de 1770 se abrieron trece sociedades literarias, pero entre este año y 1780 se crearon otras cincuenta, y entre 1780 y 1790 incluso 170, y en la última década del siglo ilustrado se alcanzó su culmen con cerca de 200 nuevas fundaciones. Antes de 1810 se le añadieron otras 130, y antes de 1820, 34

más. Lamentablemente, esta impresionante estadística sobre su fundación no puede ser completada con datos sobre la vida de tales sociedades.

Sin duda, a finales del siglo XVIII, su particular atractivo radicaba en la ampliación de su oferta. Cada vez más “cámaras de lectura” y “gabinetes de lectura” añadían a su sala de lectura un salón de reuniones donde conversar y fumar, donde los empleados ofrecían refrigerios, y no era infrecuente que se crearan otras salas para entretenimientos tales como el billar u otros juegos. Aunque los estatutos de las sociedades literarias no solían hablar de restricciones en cuanto a la clase social de sus miembros, la homogeneidad social de su público estaba garantizada al requerirse la mayoría de los votos para la admisión de un miembro nuevo: de este modo, la tan cacareada “igualdad de los estamentos” se convirtió en ficción.

Estas sociedades literarias, que a menudo se titulaban *Harmonie*, *Societät*, *Museum*, *Ressource* o *Kasino*, servían a la burguesía de terratenientes, o a la culta, tanto como a la nobleza empleada por el Estado para ampliar sus contactos sociales; en estos lugares de encuentro, poco permeables, sobre todo hacia abajo, la lectura no tardó en pasar a un segundo plano. El número de sus miembros podía oscilar entre dos decenas en el caso de las sociedades más pequeñas, y cerca de 100 (como en Bonn o en Worms), 180 (en Francfort del Main), hasta alcanzar 400 en Hamburgo, o incluso 452 en la activa Maguncia.

El cariz y la composición de sus fondos de lectura variaban también considerablemente. En las primeras épocas, junto a la prensa periódica y las publicaciones populares pseudocientíficas, imperaban también los escritos edificantes y didácticos; en el caso de las sociedades especializadas de médicos, juristas, clérigos, maestros y economistas, las publicaciones especializadas ocupaban un primer plano. Poco antes de concluir el siglo, la lectura amena, sobre todo la novela, pasó a gozar de los favores de las sociedades que mostraban preferencia por las actividades en grupo. Muchas sociedades literarias se jactaban de poseer un acervo particularmente amplio de textos actuales, desde los almanaques, las publicaciones especializadas en la crítica, los últimos libros de via-

jes, hasta la prensa política diaria, incluso en lengua francesa e inglesa.

Si se acepta la cifra media de miembros de 100, entre 1770 y 1820 las sociedades literarias contarían con un público de unas 50.000 personas, por lo que cabe pensar que tuvieron un significado nada desdeñable en la formación política y la cultura de esta élite. Aquí parece haberse realizado de forma casi ideal el modelo de Habermas: la existencia de un público de particulares con formación, que, mediante un debate basado en la razón, establece un consenso acerca de sus intereses culturales y políticos. Esta élite la conformaba tal vez un 7% del público lector, y tan sólo un tanto por mil de la población total. Sin embargo, las autoridades desconfiaban de estos círculos autónomos. En la campaña emprendida contra la “manía lectora”, estas sociedades literarias, lugares donde se practicaba la lectura extensiva, fueron también objeto de críticas, se sometieron a un sistema de licencias y se censuraron sus fondos. La lectura organizada contó con detractores particularmente duros en los territorios católicos. Proliferaron las prohibiciones, sobre todo a partir de 1789, en los obispados de Maguncia, Trier y Wurzburg; en Baviera se clausuraron en 1786 estas sociedades, nidos de iluminados. En Austria se llegó a ello en 1798 tras varias décadas de estricto control. Muy reveladora es la justificación que se da a la orden por la cual Hannover impone en 1799 tutela policial a todas sus sociedades literarias. Una vez más se equiparan en ella los peligros morales y políticos, afirmando que “propician el desorden, la frivolidad, daños a la córnea y otras enfermedades en muchas familias, cuando el estudiante del último curso de secundaria puede leer por poco dinero y cómodamente su *Portier des chartreux*, la muchacha en edad de merecer su *Sophia* y su *Écu-moire*, la joven ama de casa su *Liasons dangereuses*, etc., en vista de que, desde el momento en que irrumpe en Alemania la ‘gran Ilustración’, estos y otros escritos pueden obtenerse en nuestra lengua materna y circulan sin dificultad por nuestras bibliotecas y sociedades literarias entre todas las clases y estamentos, y dado que las autoridades siguen sin someter a vigilancia a estas ‘fábricas de la Ilustración’”.

Queda por dilucidar si las sociedades literarias desempeñaron un papel tan importante para el ámbito público burgués como afirmaron en su día los detractores de la Ilustración y hoy le siguen atribuyendo los investigadores. El hecho de que hacia 1800 cambiaron de rostro sin duda no se deriva de las medidas represoras adoptadas por las autoridades, sino del nuevo valor que se achacó a la lectura, que no resultó tan devastadora en lo social como muchos temieron. La lectura se convirtió más bien en una actividad cultural como lo eran otras, y con sus mismas características —situacional, orientada hacia un fin que podía ser la formación, el entretenimiento o la información—, pero también en algunos casos se convirtió en bastión y refugio frente a las exigencias que imponía el mundo exterior. Las sociedades literarias pasaron de ser un enclave del discurso social a constituirse en lugar propicio para la reunión y la diversión. En esta forma alterada, algunas siguieron abiertas como asociaciones de notables durante todo el siglo XIX, y más de una incluso perduró hasta nuestros días.

¿Cabe hablar entonces de una revolución de la lectura a finales del siglo XVIII? Nuestro esbozo ha pretendido demostrar que, a pesar de ciertas limitaciones, es posible responder afirmativamente a esta pregunta. La evolución de la lectura tanto individual como comunitaria en la época muestra el papel ambivalente del libro y de la imprenta en el marco del proceso disciplinador y racionalizador que caracteriza a los albores de la era moderna. El conocimiento de la técnica cultural que constituye la lectura podía, por una parte, apoyar de un modo masivo esta modelación social, pero ofrecía también posibilidades muy atractivas de escapar individualmente a las exigencias sociales. Los burgueses que impulsaron la Ilustración estaban convencidos de que el camino hacia el bien, tanto inmanente como trascendente, pasaba por la lectura. Sus esfuerzos por propagar la lectura útil acercó esta técnica a la incipiente burguesía como una original forma de comunicación. Sus detractores, anclados en la tradición, combatieron la lectura con igual vehemencia, pues es cierto que equivalía al pecado original: el que leía comía el fruto prohibido del árbol del conocimiento.

Pero en pocas décadas la historia los dejó atrás, pues ya en 1800 de poco le valían prescripciones para educar sus hábitos lectores a ese público ampliamente anónimo, fragmentado y heterogéneo, en una palabra, a ese público moderno. Los lectores no leían lo que les recomendaban las autoridades o los ideólogos, sino lo que satisfacía sus necesidades concretas emocionales e intelectuales, sociales y privadas. El genio había abandonado la botella definitivamente.

# Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros

Martyn Lyons